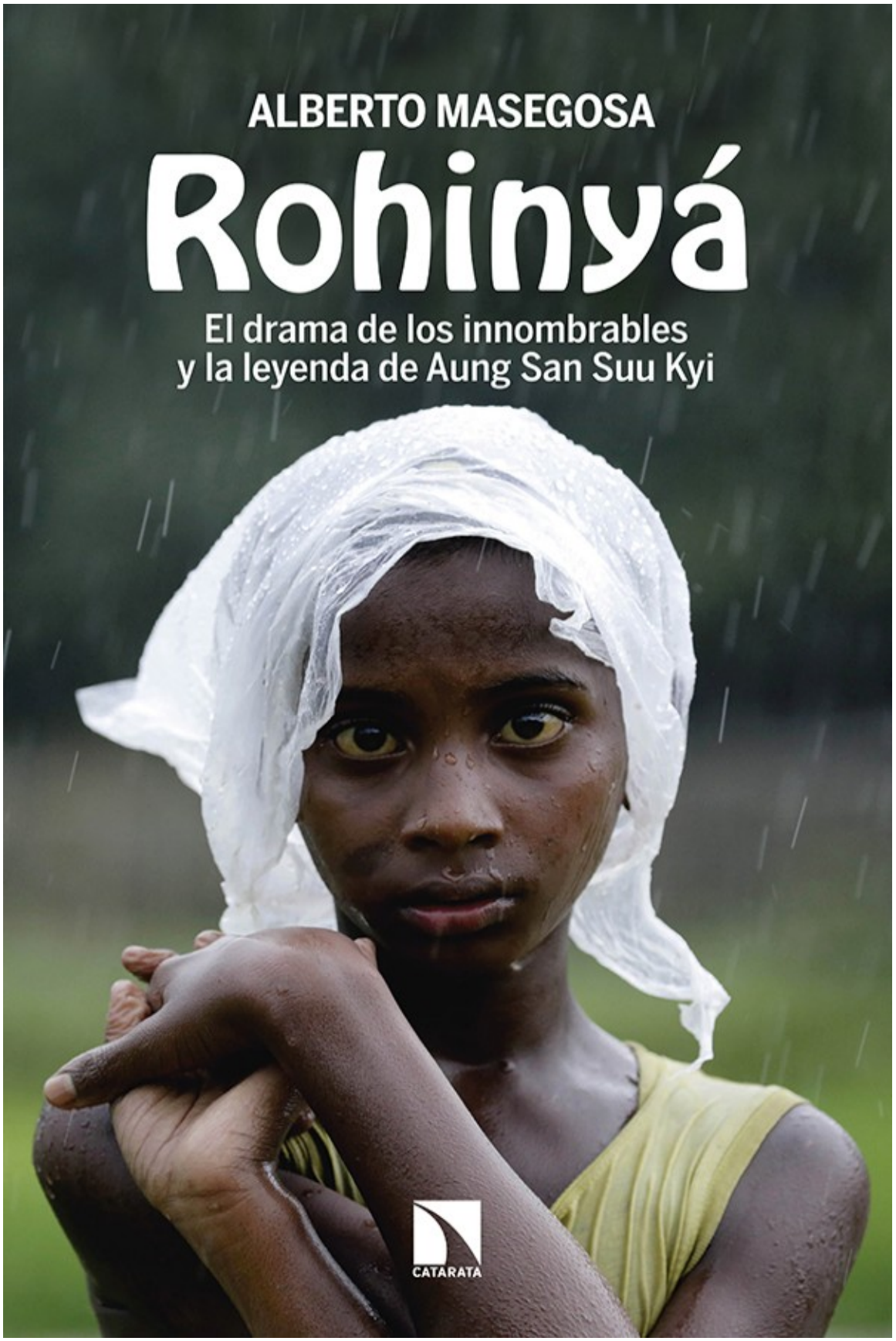
ALBERTO MASEGOSA

# Rohinyá

## El drama de los innombrables y la leyenda de Aung San Suu Kyi

CATARATA


ALBERTO MASEGOSA
Rohinyá
El drama de los innombrables
y la leyenda de Aung San Suu Kyi
CATARATA

**ALBERTO MASEGOSA**

Nacido en Madrid en 1957, es licenciado en Ciencias de la Información y miembro fundador de la revista *Mandrágora y el pirata*. Ha sido corresponsal de la Agencia Efe en París, México, Túnez, Rabat, Johannesburgo, El Cairo, Nueva York, Jerusalén y Nueva Delhi y ha sido enviado especial en zonas de conflicto como Irak, Gaza, Somalia, Sierra Leona, Angola, República Democrática del Congo y Darfur. Entre otros líderes mundiales, ha entrevistado a Yaser Arafat, Nelson Mandela y Ban Ki-moon. Es autor de los libros *La última frontera,* con Javier Valenzuela, *Días de guerra*, con Ángeles Espinosa y Antonio Baquero, *Crónica de un viaje al sur del Sáhara, Coordenadas de un desastre e Israel, crónica del país del libro*, todos sobre política internacional. Comparte con el resto de corresponsales españoles en la guerra de Irak los premios Ortega y Gasset y Pluma de Oro de la Paz. En la actualidad vive en Bangkok, donde es corresponsal para el sudeste asiático.

Alberto Masegosa

# Rohinyá

## EL DRAMA DE LOS INNOMBRABLES
## Y LA LEYENDA DE AUNG SAN SUU KYI

IMAGEN DE CUBIERTA: ABIR ABDULLAH, CEDIDA POR EPA/EFE

© ALBERTO MASEGOSA, 2018

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2018
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
FAX. 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG

ROHINYÁ
EL DRAMA DE LOS INNOMBRABLES Y LA LEYENDA
DE AUNG SAN SUU KYI

ISBN: 978-84-9097-477-3
E-ISBN: 978-84-9097-496-4
DEPÓSITO LEGAL: M-15.871-2018
IBIC: HBTV/1FMB/HRH

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

# PRÓLOGO

Asia tiene dos madres. No hay país al este del río Indo sin la herencia genética o el legado religioso de China o de la India. O de los dos gigantes asiáticos a la vez, como en el sudeste del continente. Los europeos lo llamaron Indochina, con razón. Su población está mayoritariamente emparentada con etnias chinas y tradicionalmente ha profesado la fe india más universal, el budismo. La región es un ejemplo de síntesis, palabra clave en la modernidad. También en Asia.

Como en el resto del globo, la síntesis cultural no siempre ha cuajado en el sudeste asiático. Birmania es el paradigma. Hace un milenio alumbró la síntesis más deslumbrante en la región. Pero en la modernidad es uno de los países más pobres del sudeste del continente. Un país anclado en la superstición, desarticulado por el colonialismo y el fracaso del mestizaje contemporáneo en una encrucijada de creencias y razas; Birmania comparte fronteras con la India y China, y su territorio sirve de eslabón geográfico entre el sudeste asiático y el subcontinente indio. Pueblos del subcontinente indio han nutrido a lo largo de los siglos a la población birmana, que ya con anterioridad era un rompecabezas étnico y religioso. El rohinyá es uno de esos pueblos. La pieza que nunca ha encajado en el rompecabezas.

La marginación tiene raíz antigua y se transformó en acoso durante los regímenes militares que predominaron tras la independencia, a mediados del siglo XX. El poder castrense privilegió con métodos brutales tanto la religión que consideraba nacional, el budismo, como la población mayoritaria de ascendencia chino-tibetana, en busca de la identidad del nuevo Estado. La persecución que sufrieron en aquellos años los rohinyá no tuvo repercusión por el aislamiento del país. Pero ha pasado a ocupar el foco del interés global cuando la información ha dejado de conocer fronteras y los ricos son más ricos, los pobres, más pobres y ha aumentado

la desigualdad social, la discriminación entre razas, las migraciones masivas y las corrientes de desplazados que acaban en tierra de nadie. También cuando la identidad de los pueblos se pone en cuestión. En ese sentido, el drama rohinyá fue uno de los primeros signos de la modernidad.

La primera parte de este libro se centra en el contexto en que se ha producido el drama. En la segunda, el drama ocupa por entero la escena. El propósito es trazar las coordenadas que han convertido a los rohinyá en la minoría étnica y religiosa más perseguida del planeta, y la primera que lo ha sido de forma sistemática y premeditada en el siglo XXI por un régimen elegido con métodos democráticos. El drama se gestó durante los años de poder militar, pero se ha desarrollado bajo el mandato de quien había recibido más de medio centenar de premios internacionales por su resistencia pacífica a la autocracia. Entre ellos, el Nobel de la Paz, que le había consagrado como una autoridad moral, solo un escalón por debajo de Nelson Mandela y el dalái lama.

El ascenso al Gobierno de Aung San Suu Kyi permitió el regreso de Birmania al concierto de naciones con carta de naturaleza. Su liderazgo tenía una carta de naturaleza añadida. Tras el largo paréntesis de poder castrense, representaba la continuidad de la línea de legitimidad iniciada por su padre, Aung San, asesinado en los albores de la independencia y considerado, asimismo, el padre de la nación. Lo que no impidió que meses después de que su hija asumiera el Gobierno se iniciara una cacería humana sin precedentes en el sudeste asiático contemporáneo. Los rohinyá fueron víctimas de una jauría militar y popular que perpetró miles de asesinatos, la destrucción de cientos de sus aldeas, la violación de sus mujeres, el exterminio de sus ganados, la quema de sus campos de cultivo. Huyendo del horror, 700.000 miembros de la comunidad se refugiaron en la vecina Bangladés, con cuyos habitantes comparten lengua y etnia (la bengalí) y religión (el islam) pero que, como Birmania, les niega el derecho a la ciudadanía. Ninguno de los dos países considera a los rohinyá como suyos. A los rohinyá no los quiere nadie.

Las coordenadas del drama bajo el mandato de un icono de la modernidad escandalizan, pero no deberían sorprender. La elección de un Gobierno por medios democráticos nunca ha sido garantía de nada. Menos

aún en tiempos de cambios constantes, acelerados e imprevisibles que generan universos paralelos, noticias falsas y posverdad.

CAPÍTULO 1
# LA SEÑORA Y LAS FLORES DE JAZMÍN

La Señora se adorna el pelo con flores. Preferentemente, flores de jazmín. En particular, lo hace en público. La leyenda dice que es la manera de rendir homenaje a su padre, que le adornaba el pelo con flores cuando era niña. Para su padre era la niña de sus ojos. Pero cuando su padre fue asesinado ella tenía dos años. Y a esa edad los niños tienen el pelo rapado en Birmania. La realidad es que heredó la costumbre de su madre. La leyenda es a veces tan necesaria como implacable lo es siempre la realidad. La diferencia entre ambas explica mucho en este caso.

Que la influencia de su madre fuera mayor que la de su padre tiene un motivo obvio: "Cuando mi padre murió yo era demasiado pequeña como para recordarle", dice la Señora, Aung San Suu Kyi. El héroe de la independencia birmana fue asesinado junto a media docena de sus partidarios por orden de U Saw, un rival en el proceso de emancipación. Los verdugos ejecutaron el magnicidio con armas facilitadas por las tropas del Imperio colonial británico, lo que da qué pensar. Lo seguro es que la muerte de Aung San dejó a su viuda, Khin Kyi, a cargo de la familia. Khin Kyi tuvo que lidiar en solitario con la educación y el cuidado de los tres hijos de la pareja, Suu Kyi y sus dos hermanos, Aung San Li y Aung San Oo. Suu Kyi estaría siempre envuelta en la aureola de su padre, de cuyo mito es devota. Pero creció junto a su madre, que fue su modelo. El peso familiar no le impidió a Khin Kyi iniciar una carrera política. Su hija acabaría emprendiendo la misma senda.

Tras la desaparición de Aung Sang, Khin Kyi abandonó su oficio de asistente sanitaria y se reinventó en la función institucional. Desempeñó varios cargos en el Estado independiente que seis meses después del asesinato de su marido en 1948 proclamó su creación. Khin Kyi ocupó un

escaño en el Parlamento. Fue presidenta de la Asociación de Mujeres de Birmania. En 1960 se la nombró la primera embajadora del nuevo Estado en el extranjero. Con ese cargo fue destinada a la India, país del que había dependido Birmania en la época colonial, y donde se estableció con su hija, entonces adolescente. Su hija había estudiado en una escuela cristiana de Rangún, la Methodist High School, donde no había destacado ni para bien ni para mal, y la experiencia en la mayor democracia del orbe le marcó de por vida. Suu Kyi conocería en Nueva Delhi al padre de la independencia india, Jawaharlal Nehru, leería al poeta Rabindranath Tagore y se aproximaría a las enseñanzas del Mahatma Gandhi. El golpe de Estado militar del general Ne Win en 1962 en Rangún dio otro giro al destino de la hija y de la madre; la madre optaría por la jubilación, la hija seguiría conociendo mundo. La asonada también daría un vuelco a la historia del país.

El Ejército había puesto fin a los doce años más democráticos de Birmania y, con ellos, al mandato de su primer líder como Estado independiente, U Nu, que había sido compañero de Aung San en la lucha por la liberación del yugo colonial británico. U Nu era partidario de un Estado secular que reconociera a todos sus grupos tribales, incluidos los rohinyá, que no habían recibido el aval de etnia autóctona. "Los rohinyá tienen el mismo derecho a la nacionalidad que los kachin, karen, shan o mon", mantenía U Nu, para quien el reconocimiento de esa minoría era solo cuestión de tiempo. Pero su caída condujo a más de medio siglo de tinieblas.

Después de la asonada, Khin Kyi regresaría a Rangún para retirarse de la vida pública tras enviar, en 1964, a su hija al Reino Unido para estudiar Filosofía, Economía y Política. Lo haría en St Hugh's College, en Oxford. En la antigua potencia colonial, Suu Kyi tendría su primer contacto directo con Occidente y sus primeros escarceos amorosos, entre los que destacó el que mantuvo con un estudiante paquistaní, Tarik Hyder. Invitada por una amiga, la cantante Ma Than É, la joven Suu Kyi se estableció luego en Nueva York. En la ciudad de los rascacielos continuó descubriendo los tiempos modernos y la galaxia de la diplomacia. Trabajó durante tres años en Naciones Unidas, bajo la protección de U Thang, a la sazón secretario

general de la organización y el birmano con mayor proyección internacional de la época. Pero en el Reino Unido había conocido al profesor Michael Aris, especialista en la cultura del Tíbet, con el que se casó en 1972 y cuyos pasos siguió hasta Bután, donde su marido era instructor de la familia real en Thimphu, la capital de la nación del Himalaya. Suu Kyi y Aris volverían al Reino Unido, donde nacerían sus dos hijos, Alexander y Kim. Aunque Suu Kyi regresaría a Birmania. Y para siempre. El papel de su madre sería decisivo en el nuevo cambio de rumbo.

Suu Kyi regresó en marzo de 1988 para cuidar a Khin Kyi, a quien un derrame cerebral le había provocado una parálisis permanente y dejado en estado terminal. En la misión de atender a su madre se sumarían después Aris, Alexander y Kim. El regreso coincidió con una situación convulsa en Rangún. Grupos de estudiantes llevaban semanas protestando en las calles por la represión política y la pauperización económica. El Ejército había respondido abriendo fuego indiscriminadamente, y cientos de manifestantes habían muerto. Los disturbios se agravaron en agosto, cuando los estudiantes declararon una huelga general y los militares recrudecieron las masacres. Los cientos de muertos se convirtieron en miles. Desde el extranjero, Suu Kyi no había perdido el contacto con su país y había estado al tanto de lo que allí ocurría, pese a que se había abstenido de criticar públicamente al Ejército. El panorama que contempló sin intermediarios le hizo dar un paso adelante. Quizá no lo hubiera dado si lo hubiera hecho alguno de sus hermanos. Pero el mayor, Aung San Oo, se había establecido en Estados Unidos, donde había adoptado la nacionalidad norteamericana, y el menor, Aung San Li, se había ahogado hacía años en un estanque, en un trágico accidente. Aung San y Shi Kyi habían tenido otra hija, Aung San Chit, pero había muerto al poco de nacer. Suu Kyi era el único miembro de la camada que podía continuar con el legado político de sus famosos padres. E inició su carrera política con el sistema multipartidista que había visto en Occidente como guía, y la resistencia pasiva de Gandhi como lema. Y con otra lección que, decía, también había aprendido en la India: la de “cómo llevar a una nación antigua a los tiempos modernos sin perder su identidad”.

El escenario fue la pagoda Shwedagon, en cuyos alrededores están enterrados los héroes birmanos, entre ellos, Aung San y U Thang. No en

vano es el templo más venerado de Birmania, y una especie de parque temático; conserva reliquias de Buda. Situada en una colina, la pagoda Shwedagon tiene una estupa dorada que alcanza un centenar de metros de altura y se puede contemplar desde buena parte de Rangún. No se puede contemplar desde el resto de la ciudad, pero la estupa está rodeada por una multitud de altares y estatuas de *kinnaris*, los ángeles celestiales de la tradición budista, que, junto a las reliquias de Buda, proporcionan a los creyentes buena suerte y, al conjunto, un aire irreal. En la pagoda Shwedagon había pronunciado Aung San algunos de sus discursos más incendiarios en contra del colonialismo. Cientos de miles de personas se habían congregado el 26 de agosto de 1988 en la pagoda Shwedagon para escuchar a su hija. Aparte de su ascendencia familiar, pocos sabían algo de quien a partir de entonces se conocería simplemente como *Daw*, la Señora con mayúsculas, que a sus 43 años conservaba el encanto y el aspecto frágil y delicado de su juventud.

"Sabíamos que era hija de nuestro adorado héroe de la independencia, que estaba casada con un británico experto en cultura tibetana y poco más", relata el activista Aung Zaw. "Algunos se preguntaban si sabría hablar birmano", recuerda Zaw, que presenció ese día el estreno de Suu Kyi como líder de masas. El marco elegido ayudó a que algunos comenzaran a verla como una *bodhissattva*, las personas que por su virtud son consideradas avatares de Buda, y que a través de su comportamiento tienen el privilegio y la oportunidad de hacer el bien.

Zaw apunta que la Señora habló brevemente en la pagoda Shwedagon. Se limitó a pedir tranquilidad a la muchedumbre. Pero estaba en el sitio exacto en el momento preciso. Tras su aparición estelar, escribió una carta a los militares ofreciéndose como mediadora con los estudiantes. La iniciativa no dio resultado. Tras semanas de indecisión, el Ejército daría en septiembre un autogolpe con el que se apretó a sí mismo las tuercas para restablecer el orden antes de anunciar la convocatoria de elecciones. En el intervalo, el ascenso de la Señora fue como el de un meteoro en medio de la oscuridad.

Coincidiendo con la nueva asonada, la Señora fundó la Liga Nacional para la Democracia (NLD, según sus siglas en inglés) que, como indicaba

su nombre, se trataba menos de un partido que de una liga. Para más señas, se trataba de un conglomerado político que integraba a personalidades de ideología diversa, incluso antagónica, y cuyo único nexo de unión era su oposición al régimen militar, además de su veneración por el padre de la Señora.

Había intelectuales, como Win Tin, que en un principio dudó en formar parte de la Liga, por considerar a la hija cosmopolita del héroe de la independencia solo como a un miembro más de la élite. No faltaban generales enemistados con sus compañeros de armas, como Kyi Maung, que había rechazado el golpe de 1962 de Ne Win por oponerse a la entrada del Ejército en la arena política; o Tin Oo, que se había distinguido en campañas de represión como ministro de Defensa antes de ser proscrito por el generalato. También había dirigentes de la revuelta estudiantil, entre los que destacaba Min Ko Naing, que poco antes había fundado su propia organización en el marco del llamado "movimiento 8888", un nombre que hacía referencia a la fecha de la huelga general y a un número de buen augurio en la poliédrica tradición birmana.

La amalgama reflejaba el complejo juego de equilibrios que persistiría en el seno de la Liga y la servidumbre a la que se obligaría su líder. Ko Ko Gyi, otro de los dirigentes universitarios del movimiento 8888, mostraría años después inclinaciones peor que xenófobas. "Los rohinyá no pertenecen a los grupos étnicos de Birmania", afirmó tras el estallido de violencia que en 2012 sirvió de prólogo al actual drama, "no vamos a aceptar que la presión de las grandes naciones interfiera en nuestra soberanía nacional". "Si la presión continúa nos uniremos mano a mano con las Fuerzas Armadas para resolver el problema", apostilló. La advertencia resultaría tan premonitoria como el respaldo que el movimiento religioso budista 969, otro número de buen augurio, prestó a la Liga. El movimiento 969 se había formado al calor de las protestas estudiantiles y había dado cobijo en los monasterios a dirigentes universitarios perseguidos por la Junta Militar. En su origen había sido un movimiento religioso moderado, pero después se integró en la corriente del budismo radical que respaldó al Ejército en la campaña contra los musulmanes, que con los rohinyá despertó hambre de matanza.

Una vez articulado su conglomerado político, Suu Kyi se dedicó a recorrer el país, que apenas conocía. Viajó a los estados Shan y Karen, que mantenían con el Gobierno central una relación tensa cuando no de abierta insurrección desde la independencia. Visitó la antigua capital, Mandalay, cuya capitulación en 1884 había dado inicio al dominio británico. Durante su periplo hizo una parada en Hmway Saung, el pueblo del delta de río Irawadi en el que Khin Kyi se refugió mientras Aung San pugnaba por la emancipación, y donde Suu Kyi había visto la luz. La recepción fue apoteósica en todas las escalas. La Señora fue recibida con cánticos, bailes, vítores, mucha alegría y, como no, flores de jazmín. Su padre es objeto de culto entre los birmanos, que vieron en la hija a su reencarnación.

La estela del viaje fue suficiente para que la Liga arrasara en las elecciones que en 1990 por fin convocaría la junta castrense. El propósito del Ejército no era otro que legitimar su poder con una fachada civil. El desenlace electoral truncó su plan. La Liga de Suu Kyi obtuvo 392 de los 492 escaños en juego. La junta había pecado de exceso de confianza y no encontró mejor salida que invalidar el escrutinio. Poco antes la Señora había empezado a cimentar su leyenda, desde una de las mansiones de estilo colonial más imponentes de Rangún.

El número 54 de la avenida de la Universidad tiene decenas de habitaciones, amplios porches, grandes cristaleras. Se encuentra en una zona de bosques tropicales que bordea el lago Inya, al norte del núcleo urbano. Fue la mansión en que Khin Kyi se había retirado de la vida pública, y en la que había expirado en diciembre de 1988, tras una larga agonía que hizo regresar a casa a su hija. Pero la vorágine del comienzo de su carrera política no le había permitido a su hija cumplir a tiempo completo la intención de cuidar a su madre. El escritor Peter Popham afirma, en *La Señora y el pavo real*, que Suu Kyi está convencida de que a Khin Kyi eso no le había importado: “Estoy segura de que hice lo que hubiera querido mi madre”, afirmaba la Señora, recordando el sentido del deber que le había inculcado Khin Kyi. En ese libro se sostiene que, con su enfermedad, la madre había servido de “puente” para el regreso de la hija. Y que, con la muerte de Khin Kyi, ese puente se había desplomado una vez que Suu Kyi lo hubiera cruzado desde la orilla en que se encontraban su

marido Aris y sus hijos Alexander y Kim, que para entonces ya habían regresado al Reino Unido, y alcanzado la otra orilla, en la que le esperaba Birmania. Lo cierto es que en esa otra orilla pasaría 15 de los siguientes 21 años en arresto domiciliario. En el número 54 de la avenida de la Universidad.

El primer periodo de cautiverio se inició en 1989, antes de la victoria incontestable de la Liga en las elecciones del año siguiente. La Liga fue encabezada en los comicios por el general disidente Kyi Maung, hombre de confianza de la Señora, a quien la Junta Militar ya había detenido por su estrategia de resistencia pasiva en una marcha convocada en el Día de los Mártires. La enorme popularidad que la Señora logró en la pagoda Shwedagon y su gira por provincias —sobre todo su entendimiento durante el viaje con las siempre díscolas etnias periféricas— habían encendido los sistemas de alarma del régimen militar. El Ejército había desplegado una operación de propaganda para desprestigiar a Suu Kyi, a la que presentaba como una marioneta de Occidente. Ayudaba su matrimonio con Aris, tener un marido extranjero está mal visto en Birmania. Nada de eso valió para aupar al poder al Partido de la Unidad Nacional (NUP, según sus siglas en inglés), auspiciado por el régimen, y que se estrelló en el recuento de las papeletas depositadas en las urnas. Tras su fracaso, el Ejército entablaría con Suu Kyi un pulso de tres asaltos. El primero duraría seis años. Según la Señora, los peores de su confinamiento.

Suu Kyi inició su cautiverio negándose a comer tras exigir a la Junta Militar su ingreso en la prisión Insein, en la que permanecían cientos de sus correligionarios de la Liga. Una decena de días después interrumpió su ayuno, tras acordar que continuaría en el número 54 de la avenida de la Universidad a cambio de que sus correligionarios recibieran buen trato en la prisión Insein, la más severa del país. Junto a un servicio de tres personas y custodiada por una quincena de soldados que vigilaban la mansión, proseguiría su cautiverio en soledad. Dedicaría las horas a meditar, a pasear por el jardín, a tocar el piano, a leer a sus autores favoritos —entre otros, Rudyard Kipling y Jane Austen, pero Rabindranath Tagore en lugar principal—, y a escuchar la BBC para conocer lo que acontecía en el extranjero y en Birmania, que el régimen había rebautizado como Myanmar.

Suu Kyi dice que su primera vocación había sido la literatura. Es autora de varios libros. En esos años se publicaría el ensayo *Libre de miedo*, que escribió antes de caer presa, y posiblemente su mayor contribución a la esfera del pensamiento. En esta obra afirma que no es el poder sino el miedo lo que corrompe: "El miedo a perder el poder es lo que corrompe a quienes lo detentan. El miedo al poder es lo que corrompe a quienes lo sufren". Suu Kyi trató de combatir el segundo de estos miedos siguiendo el ejemplo de su madre, cuya disciplina y fuerza de voluntad siempre había admirado. Según su hija, Khin Kyi no tenía miedo a nada.

El primer periodo en arresto domiciliario concluyó en 1995, tres semanas antes de que Suu Kyi entrara en la cincuentena. ¿Qué había ocurrido? Había ocurrido bastante. Su resistencia pacífica al poder militar le había granjeado una cascada de premios planetarios. Le llegaron a conceder un total de 57, entre los que en 1991 figuró el Nobel de la Paz, el primero otorgado a alguien privado de libertad de movimiento, y que fueron a recoger sus hijos Alexander y Kim. "La verdadera revolución es la del espíritu", dijo Alexander en un discurso que pronunció en su nombre en la ceremonia de entrega en Estocolmo. Había ocurrido asimismo que el régimen militar del general Ne Win se había agotado. El nuevo hombre fuerte del Ejército, el general Than Shwe, llegaba al poder, en apariencia, con un perfil diferente. Entre otras medidas, acordó el regreso de los rohinyá, que ya habían tenido que huir del acoso en la antigua Birmania y también en la nueva Myanmar. La repatriación se ralentizó hasta que el nuevo régimen militar le puso freno.

El nuevo incumplimiento con los rohinyá no fue esencial para Suu Kyi. Para Suu Kyi lo esencial era que el año anterior el general Shwe se había entrevistado con ella en dos ocasiones. El contenido de los encuentros nunca ha dejado de ser una incógnita. El periódico estatal *The New Light of Myanmar* se limitó a publicar que las discusiones habían sido "francas y cordiales", que habían versado sobre "la situación política y económica del país, y los pasos que deben darse para el bienestar de la nación". La versión oficial desató los rumores de que Suu Kyi había alcanzado con el general Shwe un pacto para recobrar la libertad. Suu Kyi lo negó con firmeza. Lo cierto es que nueve meses después acabó su primer arresto domiciliario.

Con ella, cientos de miembros de la Liga fueron liberados tras años de reclusión en la infausta prisión de Insein.

Hubiera o no entente, la luna de miel duró poco. El diálogo se rompió. El síntoma fue el boicot de Suu Kyi a la campaña de turismo puesta en marcha por el régimen para atraer divisas al país. "Haz de 1996 el año de tu visita a Myanmar" era el eslogan de la campaña del régimen. "Haz de 1996 el año en que no visites Myanmar" fue la consigna de Suu Kyi en declaraciones a la prensa extranjera. La nueva tensión con el generalato le costó a la Señora la amistad de Ma Thanegui, antigua compañera de colegio que, desde hacía años, era su secretaria. En declaraciones también a la prensa internacional, quien había sido la principal confidente de la Señora, criticó la decisión de boicotear el turismo. Su argumento fue que el mayor perjudicado del boicot sería el pueblo birmano, que perdería una fuente de riqueza. El entorno de Suu Kyi filtró que Ma Thanegui había sido presionada por los militares para que traicionara a su amiga. Para ello habrían utilizado la vulnerabilidad de la antigua secretaria, que había sufrido años de encarcelamiento en la prisión Insein mientras su jefa permanecía en arresto domiciliario en una de las mansiones coloniales más imponentes de la capital. El caso es que la Señora y Ma Thanegui cortaron toda relación a partir de su diferencia de opinión sobre la campaña turística. En sus *Cartas desde Birmania*, publicadas por el diario japonés *Mainichi Daily News*, Suu Kyi ensalzaría las cualidades de sus compatriotas y criticaría algunos de sus vicios. En una de ellas, con el título de "Un amigo necesitado", se lamenta con amargura de la traición de los amigos, que duele tanto como "el beso de Judas". La alusión a su antigua confidente resultó inevitable.

En el plano emocional, la Señora sufrió en aquellos años otro golpe, probablemente el más duro. En *La Señora y el pavo real,* Popham describe la entrega de Aris a su mujer, de la que estaba profundamente enamorado. Destaca el apoyo que le prestó durante su confinamiento, del que nunca se quejó, convencido del compromiso que Suu Kyi había adquirido con su pueblo. El libro recoge una cita de la hermana de Aris, Lucinda: "no creo que Suu Kyi sea consciente de lo que él se ha sacrificado por ella", decía. El sacrificio se consumó en enero de 1999, cuando a Aris le diagnosticaron un

cáncer en grado de metástasis. Las autoridades le habían concedido en otras ocasiones visado para que pudiera visitar a su mujer, en esta ocasión se lo denegaron. El régimen dio a entender que Suu Kyi podía abandonar Birmania para acompañar a su marido en sus últimos días. Lo que no era seguro era que pudiera regresar. Esa era la apuesta para quitársela de encima. La Señora no corrió el riesgo, y se quedó en Rangún. Tres meses después, Aris fallecía. Las condiciones en las que murió su marido revelaron que, por encima de cualquier otra consideración, para la Señora lo primero era servir a su pueblo. O que era una política de raza. O lo que es lo mismo, que en ella primaba la ambición de poder.

"Echo de menos principalmente a mis hijos, pero no me siento desconectada de mi familia", había dicho en *La voz de la esperanza*, un libro de entrevistas con Alan Clements. "Reconozco que soy perfeccionista. Soy consciente de que no soy perfecta, pero lo intento" puntualizó en su diálogo con el primer estadounidense que se hizo monje budista. "Suu Kyi es una mujer que defiende ferozmente su privacidad", anota Clements. "En algunos aspectos habla de manera muy abierta, y en otros mantiene un silencio sepulcral", escribe en ese libro el primer monje budista norteamericano. En el libro, Clements y Suu Kyi pasan revista al holocausto judío en la Alemania nazi, a las atrocidades del régimen del Jemer Rojo en Camboya, al genocidio de tutsis en Ruanda, al *apartheid* en Sudáfrica. Ni palabra en las más de 200 páginas del drama rohinyá en Myanmar.

El primer paréntesis en el pulso con el Ejército concluyó un año después de la muerte de Aris, y de forma abrupta. El régimen le había levantado la orden de arresto domiciliario solo para ampliar el perímetro de su confinamiento. Suu Kyi trató de volver a salir de gira para apuntalar su popularidad tras el éxito de su primer periplo por provincias. Estuvo nueve días en un automóvil a la espera de que los militares la dejaran salir de Rangún. Ante tanta insistencia el régimen restableció en 2000 su arresto domiciliario.

La presión internacional logró que el segundo periodo de cautividad fuera el más corto. Se la liberó de nuevo en 2002 y tuvo la oportunidad de seguir haciendo campaña fuera de la capital. Con una caravana de todoterrenos viajó a más zonas tribales de la periferia, a los estados Mon y

Chin. Regresó a Mandalay. En Depayin, una población cercana a Mandalay, miles de simpatizantes de la Liga la esperaban para darle la bienvenida; también la esperaban cientos de militantes del partido Asociación por la Solidaridad y el Desarrollo de la Unión (USDA), la nueva fachada civil del régimen, aunque con otra intención. Los insultos entre ambos bandos no se hicieron esperar. Y de los insultos pasaron al enfrentamiento físico. Los militantes oficialistas atacaron a los de la oposición con palos y piedras. Pusieron en el punto de mira al vehículo de la Señora. Lo cercaron y, tras romper los cristales de las ventanas, trataron de entrar en su interior. La habilidad del conductor le salvó la vida a Suu Kyi. Dio marcha atrás y consiguió que saliera ilesa de la sangrienta trifulca, que segaría la vida a más de medio centenar de sus adeptos. En Depayin, Suu Kyi estuvo más cerca que nunca de la muerte. Invocando de nuevo la necesidad de preservar el orden público, el régimen la detuvo, y durante tres meses permaneció en paradero desconocido. Más tarde se reveló que en esta ocasión sí que estuvo en la prisión Insein. Después fue confinada por tercera vez en el número 54 de la avenida de la Universidad para cumplir sus últimos siete años de cautiverio, en los que compartió portadas con un personaje singular.

John William Yettaw era un ciudadano estadounidense de credo mormón. Veterano de la guerra de Vietnam, estaba convencido de tener conexión directa con el más allá. A mediados de 2008 pidió un encuentro con Suu Kyi para advertirla de que era el objetivo de un grupo terrorista. El régimen le denegó el encuentro. Pero a Yettaw no se le quitó la idea de la cabeza. Tres meses después se plantó en Rangún y atravesó a nado el lago Inya para transmitir el mensaje. Fue detenido por los soldados que cuestionaban el perímetro de la casa. Pero en mayo de 2009 lo intentó de nuevo, y lo logró. Cruzó por segunda vez a nado el lago Inya y penetró en el número 54 de la avenida de la Universidad, donde estuvo tres días alojado. Yettaw y Suu Kyi fueron llevados a juicio. El mormón que había sido combatiente en la guerra de Vietnam fue condenado a siete años de cárcel por violar las leyes de inmigración y acceder a una zona restringida. Fue liberado a los tres meses, después de una gestión diplomática de Washington. La condena para Suu Kyi sería de tres años de prisión, por

haber permitido al intruso pernoctar sin permiso oficial en su domicilio. La pena fue conmutada por la ampliación en 18 meses de su confinamiento. El arresto domiciliario se le renovaba hasta ese momento con una periodicidad anual. Sorprendentemente, tras el incidente con quien tenía conexión directa con el más allá le fue renovado por año y medio.

Lo insólito del suceso revivió la teoría de la conspiración. Tras la de Ma Thanegi, la nueva teoría de la conspiración fue que el régimen utilizó a Yettaw para desacreditar a Suu Kyi. Los acontecimientos que se sucedieron en sus últimos 18 meses de confinamiento darían razón de la maquiavélica precisión del plazo.

El año siguiente, en 2010, los militares convocaron en noviembre otras elecciones con la pertinaz intención de perpetuarse en el poder con un disfraz de la sociedad civil. La organización política con que se presentaron era el Partido para el Desarrollo y Solidaridad de la Unión (USDP), liderado por un antiguo general, Thein Sein. Para asegurarse la victoria de su partido y que no se repitiera el fracaso de hacía veinte años, pusieron condiciones draconianas a la oposición. Prohibieron que hubiera candidatos que cumplieran penas de prisión o de confinamiento, lo que descartaba *de facto* a Suu Kyi y a los 2.000 presos políticos que cumplían condena de cárcel. Razón por la que la Liga boicoteó la convocatoria electoral y el nuevo partido oficialista se alzó con el triunfo al obtener 259 de los 440 escaños en disputa. Apenas una semana después de los comicios concluía el último plazo de 18 meses de confinamiento de la Señora, y se anunció su liberación. Tenía 65 años y el cautiverio le había endurecido el carácter, pero su piel no había perdido la tersura de la porcelana.

A partir de entonces entraría y saldría sin problema. Incluso podía presentarse a las sucesivas citas electorales. Y alzarse con la victoria. El 13 de noviembre de 2010 todo eran parabienes. Miles de incondicionales se congregaron en el número 54 de la avenida de la Universidad para ser testigos de la liberación de su ídolo. Eran las seis menos cuarto de la tarde cuando hizo su aparición en la valla metálica coronada de púas que cerca la mansión. El entusiasmo fue desbordante, contagioso. Una mujer le lanzó un manojo de flores de jazmín. Con una sonrisa, la Señora las recogió y se adornó el pelo con las flores. La costumbre que había heredado de su madre

se había convertido en imagen de marca de las ansias universales de justicia y libertad.

CAPÍTULO 2
# DE PRESA A HUÉSPED DEL EJÉRCITO

El jazmín floreció hasta que se marchitó la leyenda. En las elecciones parciales de 2012 la Señora cosechó acta de diputada. Y en las elecciones generales de 2015 la siega fue abundante, la Liga recolectó más del 80 por ciento de los votos. Era una victoria anunciada que se interpretó universalmente como el triunfo de la democracia sobre el autoritarismo. Los comicios sembraron, no obstante, sombras de duda sobre la imagen de marca patentada cinco años atrás por la hija de Khin Kyi.

"Casi todos los analistas daban como ganadora a la nobel de la Paz. La entonces líder opositora prometía avanzar hacia la reconciliación, imponer el Estado de derecho y luchar contra la pobreza", dice el periodista Gaspar Ruiz-Canela, testigo de la cita en las urnas. Ruiz-Canela también recuerda que la comisión electoral anuló la candidatura de decenas de candidatos musulmanes y retiró el derecho a sufragio a medio millón de rohinyá que cinco años antes habían votado con un permiso de residencia. "En medio de una atmósfera antiislámica alentada por grupos radicales budistas, Suu Kyi defendió la libertad de credo, pero no defendió a los musulmanes ni, en especial, a los rohinyá", mantiene Ruiz-Canela. "El asunto rohinyá preocupaba más a la comunidad internacional que a la mayoría budista del país", concluye el reportero español.

La leyenda no tardaría en dejar sitio a la realidad. La realidad era que las elecciones se habían celebrado en el marco de un entendimiento entre el Ejército y Suu Kyi. Los comicios se convocaron de acuerdo con una Constitución que impedía acceder a la jefatura del Estado a quien tuviera familia extranjera. Sin ir más lejos, a Suu Kyi, por su matrimonio con Aris y la nacionalidad británica de sus hijos Alex y Kim. La Carta Magna garantizaba que el titular de los ministerios de Defensa, Interior y Asuntos

Fronterizos fuera un militar. El Ejército se reservaba el derecho de declarar de manera unilateral el estado de emergencia, con lo que podía anular toda la legislación vigente. Y se aseguraba un 25 por ciento de los escaños de la Cámara cuando era necesario más del 75 por ciento para reformar la ley de leyes, que las Fuerzas Armadas cerraban así con candado. El Ejército había hecho aprobar la Constitución en un referéndum que convocó en 2008, durante el cautiverio de la Señora. Las elecciones de 2010 ya se celebraron con esas premisas. Bajo arresto domiciliario, la Señora las rechazó; en libertad, las aceptó. De modo que sabía de antemano que cambiaría la condición de presa por la de huésped del Ejército. Por fin ambas partes se habían entendido tras forcejear durante más de dos décadas.

"¿Cómo piensa gobernar si no puede acceder a la jefatura del Estado?", le preguntaron en rueda de prensa a Suu Kyi. "Les aseguro que mandaré más que el presidente", contestó ella, con tono soberbio. "Pero ¿cómo?", le volvieron a preguntar. "Lo que ahora les puedo decir es que ya hay un plan", zanjó, algo incómoda.

Entre marzo y abril de 2016 se anunció la formación del nuevo Gobierno. El jefe de Estado sería un hombre de paja, Htin Kyaw, que eventualmente había servido a Suu Kyi como chófer. La Señora gobernaría como consejera de Estado y se ocuparía, desde ese puesto, hasta entonces inexistente, de los asuntos administrativos. Aunque no se anunció, el Ejército tomaría el timón del Gobierno, se encargaría de la defensa, de la seguridad, de preservar sus negocios, de mantener incólume el armazón del Estado y, con independencia de las autoridades civiles, de todo lo demás. Ese era el plan al que Aung San Suu Kyi había aludido en clave de misterio.

"Demasiada gente espera demasiado de nosotros", había advertido la Señora en un discurso en Oxford, poco después de su liberación. "Piensan que estamos en una esas autopistas que llevan de Londres a Oxford rápida y cómodamente. Pero en Birmania la carretera la construimos nosotros pulgada a pulgada, y cada pulgada es difícil de construir", agregó. Con su entendimiento con los militares, Suu Kyi había construido la primera pulgada de una carretera que iba a conducir a un drama en el que el Ejército manejaría el volante, pero ella ocuparía la plaza de copiloto.

Para comprender el tránsito de carcelero a anfitrión por parte del

estamento uniformado habrá que recordar que las Fuerzas Armadas y la Señora están unidas por una suerte de parentesco familiar. El padre de Suu Kyi lo fue también del Ejército, y en esa medida la Señora y las Fuerzas Armadas se consideran de la misma prole. "Crecí pensando que los soldados eran una parte de mi familia, como hijos de padre", había confesado Suu Kyi a Clements. "Pese a todo lo que ha ocurrido, creo que el Ejército se ha portado bien conmigo por ser hija de Aung San", reconoció al primer monje budista norteamericano. La suerte de parentesco entre la Señora y el Ejército explica que su relación haya pasado por vaivenes, como sucede en todas las familias. También explica que muchos militares disidentes se sumaran a la Liga con fervor. Explica, por último, que algunos correligionarios de la Liga vieran el asunto de familia con otros ojos. Win Tin, el intelectual que al principio dudó unirse al conglomerado político de Suu Kyi por considerarla solo un miembro más de la élite, se lamentaba en 2009 de que la Señora "contempla al Ejército como una creación de su padre". "Nuestros sentimientos son distintos", decía Win Tin, que se quejaba de que a ellos el Ejército les trataba "como a perros" mientras que ella era "una presa VIP". Cuando hizo estas declaraciones, Win Tin llevaba encarcelado en la prisión Insein el mismo periodo de tiempo que Suu Kyi alternando la libertad con el alojo en una de las mansiones de estilo colonial más imponentes de Rangún.

Para seguir comprendiendo a la prole múltiple y diversa de Aung Sang también habrá que recordar que el padre de la Señora y del Ejército era de origen humilde y carecía del don de la palabra. Pero tenía carisma; y olfato. Empezó de comunista y acabó como socialdemócrata. Acompañó este cambio ideológico con un giro en la lucha armada. Aung San y las milicias independentistas birmanas que había fundado se echaron en brazos de Japón cuando el Imperio del Sol Naciente invadió Birmania durante la Segunda Guerra Mundial. Las milicias independentistas birmanas fueron instruidas por las fuerzas japonesas para expulsar juntas del país al Imperio de la Graciosa Majestad británica. Aung San rectificó conforme la contienda se inclinaba del lado de los aliados. Poco antes del fin de la guerra, Aung San creó la Liga por la Libertad de los Pueblos Anti-Fascistas (AFPFL), se desentendió de los japoneses y se unió a las fuerzas británicas para expulsar

de Birmania al Imperio del Sol Naciente.

El carisma y el olfato son los genes que Suu Kyi heredó de su padre. En su etapa cosmopolita, Suu Kyi obtuvo una beca para estudiar en la Universidad de Kyoto la alianza de su padre con Japón durante la Segunda Guerra Mundial. Fruto de esa estancia escribió el libro *Retrato biográfico de Aung San de Birmania*, en el que enumera los aciertos estratégicos de su progenitor, pero concede que tenía una "personalidad difícil". Cita una frase de Aung San: "A veces trato con gente refinada, pero a veces la gente refinada me enerva, y me quiero alejar de ella para vivir como un salvaje".

Ese otro es el gen que ha heredado la descendencia apócrifa del padre de la Señora, el Ejército birmano, conocido localmente como "Tatmadaw".

Ne Win, Sol Resplandeciente, pertenece a esa estirpe. Ne Win es el nombre de guerra que eligió Shu Maung cuando formaba parte de los "treinta camaradas", el embrión del Ejército birmano formado por Aung San, el *bogyke*, el general por antonomasia. El asesinato del *bogyke* terminaría dejando a Ne Win al mando de las incipientes Fuerzas Armadas del Estado. Como a su antiguo comandante en jefe, a Ne Win se le podrán discutir muchas cosas, pero no la condición de pionero. Sol Resplandeciente decretó el traslado forzoso de poblaciones enteras antes de que lo hiciera el régimen genocida del Jemer Rojo en Camboya. Y prohibió los entretenimientos públicos y populares —salas de baile, juegos de azar, concursos de belleza, carreras de caballos— bastante antes de que lo hiciera el régimen integrista islámico de los talibanes en Afganistán. También fue versátil en su descendencia. Se casó seis veces, dos de ellas con la misma mujer.

Ne Win ya era el jefe militar bajo el mandato de U Nu, el primer líder civil tras la independencia. A U Nu y Ne Win no les faltaba trabajo. El prioritario, la vertebración del territorio. Aung San, Khin Kyi, U Nu, Ne Win y el resto de la clase dirigente pertenecían a la etnia mayoritaria bamar, que representaba más del sesenta por ciento de la población. Los bamar estaban principalmente asentados en el valle del río Irawadi, espina dorsal de Birmania. Pero en las regiones periféricas, boscosas, montañosas y de difícil acceso, había etnias que desafiaron el predominio bamar. La insurrección de esas etnias sumiría al país en el caos. Excepto Rangún, poco

del país controlaba el Ejército, que en tiempo de caos armado siempre acaba de protagonista. En Birmania ese protagonismo asignaría a Sol Resplandeciente el papel principal. Tras quince años de caos, descabalgó a U Nu y se hizo con las riendas sin ambages.

En descargo de Ne Win, la verdad es que el desbarajuste formaba parte de la herencia de Aung San. En los prolegómenos de la independencia, el padre de la Señora y del Ejército convocó a los grupos étnicos para que se sumaran a la emancipación en una conferencia que tuvo lugar en Panglong, en el extremo norte birmano. Aung San consiguió en Panglong el apoyo de algunos de los grupos tribales más numerosos, los chin, los kachin y los shan, pero se topó con el rechazo del grupo tribal más numeroso, con el que el Tatmadaw arrastraba cuentas pendientes; deudas de sangre.

Establecidos mayormente en el este del país, aunque con presencia en otras regiones, los karen constituían el siete por ciento de los birmanos. Habían combatido en favor de los británicos cuando las milicias independentistas de Aung San luchaban junto a los japoneses. El Tatmadaw había cometido, en aquellos años, barbaridades con los karen. En *Birmania; insurgencia y las políticas de la etnicidad*, un clásico de las guerrillas étnicas bimanas, Martin Smith entrevista a un líder karen, Saw Tha Din, que no había perdido la memoria. "¿Cómo se puede pretender que los karen se fíen de los bamar después de tantos asesinatos y de la destrucción de nuestras aldeas?", se pregunta Saw. "Después de eso nadie puede pretender que los karen se fíen de un Gobierno bamar", se responde a sí mismo el líder karen. Tras proclamarse la independencia, los oficiales karen que formaban parte del Ejército desertaron. Proclamarían en Manerplaw, cerca de la frontera con Tailandia, un Estado que bautizaron con el glorioso nombre, en lengua karen, de *Kawloolei*, Tierra Libre de Mal.

El Ejército de Liberación Nacional Karen (KNLA) no fue la única guerrilla tribal a la que tuvo que hacer frente Ne Win. El incumplimiento del acuerdo de Panglong —que se basaba en la igualdad entre las etnias e incluía el derecho a la autodeterminación de los pueblos— provocaría un sinfín de insurrecciones. Asimismo en el este, los shan integrarían el Ejército Nacional del Estado Shan (SSNA). En el norte, los kachin tendrían el Ejército por la Independencia Kachin (KIA). En el oeste, los chin

contarían con el Ejército Nacional Chin (CNA). En el sudeste, los mon armarían el Ejército de Liberación Mon (MNLA). La lista es larga. Más de una treintena de guerrillas étnicas han operado desde la independencia. Cada una de ellas ha estado compuesta por solo cientos o varios miles de milicianos. A veces han luchado contra el Tatmadaw, a veces han luchado con el Tatmadaw en contra de milicias rivales. En la cacofonía armada no han faltado los rohinyá, con papel menor.

El Frente Patriótico Rohinyá (RPF) combatió en los setenta contra el Tatmadaw en el oeste birmano. No estaba compuesto por miles ni cientos, sino por decenas de alzados en armas. El Ejército lo aplastó pronto. El pecado capital cometido por los rohinyá había sido anterior al RPF, cuando un grupo de muyahidines comenzó a operar en la zona durante la colonización. Más tarde, dirigentes rohinyá habían planteado que la minoría se integrara en Pakistán, no en Birmania. Con exactitud, plantearon que los rohinyá se integraran en Pakistán oriental, la actual Bangladés, cuya población era bengalí y musulmana, como ellos. El padre de la independencia de Pakistán, Ali Jinnah, no contempló la propuesta, así se lo comunicó a Aung San. Bastante tenía Ali Jinnah con articular un país que, cuando se independizó en 1948, al mismo tiempo que Birmania, tenía dos partes, una oriental y una occidental, la actual Pakistán, separadas por más de 2.000 kilómetros bajo soberanía de la India, a consecuencia de la desastrosa partición del subcontinente indio con criterios religiosos por parte de los británicos. Que una minoría tuviera un brazo armado no era la excepción sino la norma en Birmania. Lo imperdonable era que una minoría pretendiera integrarse en un país extranjero; demostraba que esa minoría era extranjera.

Sol Resplandeciente acabó con la guerrilla del Partido Comunista de Birmania (BCP) que, apoyada por China, había mantenido en vilo al Estado junto a las guerrillas tribales. Pero no pudo acabar con las guerrillas tribales. El Estado nunca ha controlado la totalidad del territorio. Eso sí, Ne Win logró mantener a las guerrillas tribales a raya, empleando la receta habitual. Convirtió al Ejército en la sola institución sólida e imperecedera. E hizo de Birmania un país hermético al exterior. En el interior, aplicó la política de "los cuatro cortes" para romper los vínculos entre las guerrillas tribales y

sus poblaciones: corte de suministros de comida, corte de alistamiento, corte de información, corte financiero. Fue el artífice del aparato de inteligencia que desde entonces mantiene al tanto al Ejército de lo que se cuece en los estados fronterizos. Obligó a alistarse en el Tatmadaw a jóvenes de los estados rebeldes, permitió operaciones de represalia contra la población civil de esos estados. Ne Win siempre temió que los mataran, no le faltaban enemigos, y tenía el precedente de su antiguo comandante en jefe, Aung San. Para evitar ese peligro repetía un rito: desparramaba líquido, a modo de sangre, sobre un espejo, y disparaba contra el reflejo de su propia imagen. Pensaba que hacer esto le volvía inmune a las balas. Lo contaba el diplomático británico Martin Morland, que fue embajador de Londres en Rangún. Morland recurrió al calificativo "puritánico" para describir a Ne Win. El vocablo combinaba la deriva puritana y la vocación tiránica de Sol Resplandeciente, que había prohibido los entretenimientos públicos y populares en su país mientras él disfrutaba de su afición a las carreras de caballos en Ascot y a los *spas* más exclusivos de Europa central.

En el plano político, el aporte de Ne Win fue la creación del Partido del Programa Socialista de Birmania (BSPP), de carácter único y cuyo objetivo era aplicar "la vía birmana al socialismo". El Consejo Revolucionario era el órgano de Gobierno encargado de aplicar la ideología que condujera a esa meta. La ideología era difícil de descifrar, se podría decir que mezclaba socialismo, nacionalismo y budismo a partes iguales. En el plano económico, Ne Win nacionalizó todas las empresas y las corporaciones. La mayoría estaban en manos de chinos e indios, a los que no se les renovó el visado de residencia y tuvieron que abandonar el país. La mano de hierro le sirvió durante un tiempo a Ne Win para sofocar las protestas que jalonaron los 30 años de su régimen. Las primeras, meses después de hacerse con el poder, cuando los estudiantes, siempre los estudiantes, las convocaron en Rangún, siempre en Rangún. Ne Win puso fin a las protestas bombardeando el edificio de la Unión de Estudiantes, con el resultado de 57 muertos. La respuesta fue equiparable a las que se reprodujeron en 1966, 1969 y 1974. Hasta que la respuesta no fue suficiente para atajar las protestas generadas en el turbulento 1988, el año en que la Señora saltó a la escena.

El detonante fue una decisión que tampoco era fácil de descifrar. O sí,

Ne Win estaba obsesionado con la numerología. Su número de la suerte era el nueve. Por lo que decidió retirar de la circulación los billetes de kyats, la moneda local, que no eran múltiplos de ese número. Anuló los billetes de 25, 35 y 75 kyats, dejó solo de curso legal los de 45 y 90 kyats. No fijó, sin embargo, compensaciones a quienes tenían los billetes anulados. Así que cientos de miles de personas perdieron sus ahorros. En un intento desesperado por controlar la situación, Ne Win amenazó de muerte a quienes participaran en las protestas. En una intervención en televisión dijo que "si siguen las protestas, el Ejército abrirá fuego, y cuando el Ejército abre fuego, acierta en el blanco". Fue inútil. Las protestas prosiguieron, el Ejército abrió fuego y dio en el blanco, pero él tuvo que dimitir, no sin dejar antes las riendas a otro general.

Primero lo intentó con el general Sein Lwin. Pero el intento quedó abortado por la fama de carnicero que perseguía Sein Lwin y que le forzó a dimitir 17 días después de asumir la presidencia. Ne Win lo intentó entonces con el general Saw Maung, que fue quien finalmente se hizo con el mando.

A excepción del fugaz Sein Lwin, Saw Maung fue el más efímero de los generales que estuvieron a cargo del régimen castrense. Estuvo cuatro años en el poder. Pasaría a la posteridad por cambiar el nombre del país, al que en 1989 rebautizó como Myanmar, Birmania le sonaba colonial. La oposición nunca estuvo de acuerdo con el nuevo nombre, no concedía legitimidad al régimen para el cambio de nomenclatura. Myanmar y Birmania han acabado utilizándose indistintamente. Bebedor, Saw Maung no tuvo tiempo para mucho más, empezó a dar muestras de desvarío. En 1991, jugando al golf, el deporte preferido de los militares locales, amenazó a otros generales con una pistola tras proclamarse una reencarnación de Kyansittha, uno de los monarcas más respetados de la historia birmana. Al año siguiente Saw Maung dimitió a su vez, alegando que estaba enfermo. Sol Resplandeciente reapareció para dar luz verde a un nuevo general de cinco estrellas.

El general Than Shwe había sido cartero antes de vestir el uniforme militar. Su carrera era distinta a la de otros generales, que habían ganado sus estrellas en el campo de batalla. Than Shwe lo había hecho en los atriles, las

pizarras y los sumarios. Su especialidad era instruir a los soldados en la "guerra psicológica", siguiendo la máxima de que un enemigo desmoralizado es menos enemigo. Su labor docente le había permitido tejer una amplia red de contactos entre los oficiales, que utilizó para ascender en el escalafón militar. Durante la presidencia de su antecesor ya era vicepresidente, el relevo natural en la cadena de mando. Su historial, limpio de campañas de represión sobre el terreno, proyectaba una imagen de cierta moderación. Un espejismo. En 19 años con las riendas reforzaría el poder del Tatmadaw. Su hoja de ruta era "el regreso de la democracia" en un horizonte que se fue alejando al ritmo de las manijas del reloj.

La promesa de permitir la repatriación de los rohinyá que ya habían huido de Birmania fue el primer fiasco. Un cuarto de millón de rohinyá se había refugiado en Bangladés desde la época de Ne Win, cuando se inició el acoso. Than Shwe firmó en mayo de 1992 un acuerdo con el país vecino para permitir su regreso, pero el proceso se detuvo en 1997 por la falta de dos garantías fundamentales. Por el temor de los refugiados a seguir siendo perseguidos a su regreso a Myanmar y por la ausencia de un censo fiable de la comunidad acosada. La falta de esas dos garantías fundamentales bloquearía en el futuro cualquier intento de repatriación de los refugiados.

En *Desenmascarando al tirano de Birmania*, Benedict Rogers escribe que los rohinyá sufrieron durante el mandato de Than Shwe "una persecución extra". "Tenían que pedir permiso para salir de sus poblados y para casarse. Solo lo podían hacer a cambio de mordidas. Se les negaba el derecho a la sanidad y a la educación y sufrían acoso religioso, con la destrucción de sus mezquitas", dice Rogers. La respuesta fue la creación en el seno de la comunidad perseguida de la Asociación para la Solidaridad Rohinyá, que tomó el relevo en los noventa del Frente Patriótico Rohinyá en la lucha armada. El Ejército respondió con una operación militar de nombre inequívoco, "Nación Limpia y Hermosa".

El trato a otras minorías no fue mejor. La violación de las mujeres karen y kachin se convirtió en un arma de guerra. El trato a los hombres de las etnias rebeldes incluía la decapitación y la mutilación de orejas, brazos, manos, piernas y pies. Rogers recoge en su libro testimonios con fechas, nombres y lugares.

En su campaña para reforzar la dotación del Tatmadaw, Than Shwe multiplicó por cuatro el número de soldados. En tiempos de Ne Win el Ejército contaba con unos 100.000 efectivos, y con Than Shwe su número ascendió a 400.000, gracias a que el alistamiento garantizaba la manutención e incluía a menores, las organizaciones humanitarias cifraron en 70.000 su número. El incremento de la tropa exigió la compra de armamento, de cazabombarderos, tanques, artillería pesada, armas ligeras y munición de diferente calibre, que el régimen adquirió a China, que de enemigo se había convertido en aliado, mediante un contrato por valor de 1.400 millones de dólares. Instructores rusos y ucranianos formarían a los nuevos reclutas. En esa misión participaron oficiales del Ejército de Singapur, ciudad-Estado con aspiración de potencia bélica.

Than Shwe abriría Myanmar al exterior como cliente de la industria armamentística. Según Thomas Countryman, antiguo funcionario del Departamento de Estado norteamericano, Birmania se convirtió bajo el mandato de Than Shwe en el primer comprador de armamento norcoreano en Asia. El antiguo cartero también abrió el país al exterior como vendedor de opio, un sector en el que Birmania era segundo productor mundial tras Afganistán, y en el que el Tatmadaw rivalizaba con las guerrillas de los estados Shan y Kachin. El comercio del jade, que se extrae en el norte y del que Myanmar es el primer productor mundial, supuso otra fuente de ingresos para los uniformados, que tenían el monopolio en esa industria, que también sirvió para engrosar el presupuesto del Tatmadaw. Es imposible calcular con exactitud, no hay pruebas documentales, pero existen versiones que sitúan el gasto militar en tiempos de Than Shwe por encima del 30 por ciento del PIB. La Union of Myanmar Economic Holdings Ltd. y la Myanmar Economic Corporation fueron las macrocompañías creadas por el Ejército para estructurar su omnímoda actividad comercial.

Bajo la superficie, en calma, las corrientes de agua subterráneas siempre circulan revueltas en el estamento castrense. Than Shwe desactivó un número desconocido de conspiraciones de sus compañeros de estamento. Una de ellas se descubrió durante una fiesta celebrada en 2001 en un hotel de lujo de la capital en honor de Sol Resplandeciente, en su noventa

cumpleaños. Familiares de Ne Win aprovecharon la ocasión para preguntar a varios oficiales si querían sumarse al plan que preparaban para derrocar a Than Shwe. La imprudencia costó cara a los conspiradores. Un yerno de Ne Win y tres de sus nietos fueron detenidos e ingresaron en la prisión Insein. A Ne Win y a su hija favorita, Sandar Win, se les condenó a arresto domiciliario, la pena prescrita para los presos VIP. Sol Resplandeciente se apagó pronto. Expiró meses después en su mansión, a orillas del lago Inya, no lejos del número 54 de la avenida de la Universidad.

El Consejo para la Restauración del Orden y el Imperio de la Ley (SLORC), el órgano de Gobierno de Than Shwe, arrojaría en 2010 como saldo que el 25 por ciento de los birmanos vivieran por debajo del umbral de la pobreza, según el Banco Asiático para el Desarrollo. Junto esa penuria Than Shwe dejaría otras dos huellas, también de calado.

La primera huella fue la Constitución que convertiría al Ejército en anfitrión de la Señora en un sistema multipartidista. Se trataba de la tercera Carta Magna, tras las de 1948 y 1974, y Than Shwe la perfiló durante quince años antes de que fuera aprobada en referéndum en mayo de 2008, con unos resultados asombrosos. El índice de votos a favor fue del 92,48 por ciento con una tasa de participación de del 99,12 por ciento. Los resultados del inverosímil escrutinio se anunciaron días después de que el ciclón Nargis arrasara Myanmar. Organismos internacionales pidieron que el referéndum se aplazase por la destrucción causada por el Nargis, que había matado a más de 100.000 personas y dejado sin vivienda a más de dos millones. El referéndum se celebró. Los efectos del ciclón habían sido previsibles. El régimen hizo poco por evitarlos. El rumor fue que Than Shwe había permitido que la fuerza de la naturaleza concluyera el trabajo sucio que tenía pendiente. Una de las zonas más afectadas por el ciclón Nargis fue el delta del Irawadi, donde operaban guerrilleros karen.

La segunda huella de Than Shwe es la nueva capital, Naipyidó, la Ciudad de los Reyes o, literalmente, la Ciudad Real del Sol. Naipyidó hace honor a ambas denominaciones. O no, porque la capital birmana carece de diseño urbano, lo que no encaja con la definición de ciudad, y avenidas en medio de la nada y plazas gigantes que no atraviesa nadie aproximan más a Naipyidó a una estación espacial que a un asentamiento humano.

Naipyidó se empezó a construir en 2002 y tres años después, en 2005, ya se había convertido en la capital del país, sin que oficialmente se conozca la razón de tanta prisa, aunque hay relatos populares que lo explican todo. El más extendido es que el régimen de Than Shwe quería salir cuanto antes de Rangún.

Erigida en 1852 por los británicos donde se unen dos ríos que desembocan juntos con el nombre de Yangon en el mar de Andamán, que se baña en el golfo de Bengala, Rangún llegó a ser una de las ciudades más prósperas e internacionales del continente asiático. En la década de los veinte del siglo pasado era la terminal de todas las líneas marítimas de la región. Su frenética actividad comercial desató la llegada de emigrantes del resto de posesiones británicas del sudeste y el sur de Asia, además de Oriente Medio. Descendientes de aquellos emigrantes son los bengalíes, tamiles y gujaratis que trajinan en sus calles con los bamar, kachin, chin, shan y mon del mosaico autóctono local. También hay chinos y una pequeña comunidad judía. En Rangún hay pagodas al lado de templos hindúes, mezquitas junto a iglesias, y continúa abierta al culto una sinagoga. “En esta ciudad se ha producido mucha mezcla de gente, creencias y culturas”, explica Moe Moe Lwin, experta en la historia de Rangún. “La ciudad ha sido, y sigue siendo, nuestra ventana abierta al mundo”, dice Lwin, directora del Yangon Heritage Center, una fundación dedicada a rehabilitar los edificios coloniales de la antigua capital, plantados en una cuadrícula que roza la perfección y que atesoran el esplendor de la decadencia. Desconchados, en los frontispicios crecen los matojos y en las esquinas se amontona el detrito.

El panorama es muy distinto en Naipyidó, impoluta, aséptica, desinfectada, en la que solo hay pagodas y prácticamente toda la población está compuesta por funcionarios y oficiales de la etnia dominante bamar. Y donde no hay trajín porque no hay calles.

Inmuebles mastodónticos de las instituciones del Estado, hoteles de lujo, centros comerciales y mansiones del generalato constituyen el patrimonio arquitectónico de la Ciudad Real del Sol, donde el recreo de moda era un Safari Park. Autopistas que se pierden en el horizonte conducen de un inmueble a otro, diseminados todos a lo largo y ancho de

infinitos campos de cultivo y áreas de maleza. Los vehículos que se llegan a distinguir pueden contarse con los dedos de una mano. Hay plazas enormes en torno a estatuas de reyes y esculturas kitsch. Pero permanecen vacías. Las dimensiones de Naipyidó son inenarrables, difíciles de calcular, dejan al visitante perplejo. No es fácil discernir si a la Ciudad Real del Sol la palabra metrópoli le queda grande o pequeña.

El cambio de capital ha sido habitual en Birmania. Desde la deslumbrante Bagan hasta la fantasmagórica Naipyidó, el poder ha cambiado de sede diez veces en un milenio de historia. En tiempos monárquicos, las dinastías fundaban capitales por cuestión de prestigio. De acuerdo con esa dinámica, Than Shwe habría construido la Ciudad de los Reyes para prestigiar a la dinastía de los generales. Pero la lógica histórica contradice el secretismo y la rapidez con que se produjo la mudanza a Naipyidó. El académico tailandés Dulyapak Preecharuch baraja en *Naipyidó, La nueva capital de Birmania* las posibles razones que indujeron a Than Shwe a trasladar la capital de forma tan repentina y secreta. Los funcionarios fueron avisados con días de antelación de que si querían conservar su trabajo debían trasladarse a 367 kilómetros al norte de Rangún, a la mesetaria pedanía de Pyinmana, donde la malaria había sido crónica. Dulyapak deduce que la urgencia fue por la paranoia del régimen de Than Shwe, que temía por su seguridad en Rangún, por la geografía y la demografía de la antigua capital.

Cuando la ocupación de Afganistán e Irak era aún reciente, al Ejército se le metió entre ceja y ceja que Birmania sería el siguiente objetivo militar de Washington. La situación de Rangún, cerca del mar, facilitaba la invasión en caso de una operación marítima. El Ejército había rumiado el miedo durante tres lustros. Al Tatmadaw le había causado pánico la aparición de un navío de la Armada estadounidense en el mar de Andamán, durante el turbulento 1988. La administración norteamericana tuvo que precisar que la única misión del navío era evacuar a los ciudadanos estadounidenses si proseguían los disturbios. La población de Rangún era aún menos de fiar que los militares norteamericanos, por mestiza, insubordinada y aficionada a rebelarse contra cualquier poder establecido. Lo había hecho siempre, pero de manera crucial en 1947, antes de la

independencia, cuando fue la primera en sublevarse contra los británicos. Lo había repetido en 1988, cuando la población de Rangún puso en jaque al régimen de Ne Win. No había forma de asegurar que no lo hiciera con el de Than Shwe.

Dulyapak contempla otra posibilidad, aunque la considera improbable. Si Ne Win fue un apasionado de la numerología, Than Shwe lo era de la adivinación. Él y su mujer, Kyaing Kyaing, tenían varios futurólogos en nómina. Su preferida era una adivina conocida como E. T., por su semejanza con el extraterrestre de la película de Steven Spielberg. La versión popular no especifica si fue E. T. u otro clarividente quien había augurado a Than Shwe y a Kyaing Kyaing que si no cambiaban de capital con rapidez serían víctimas de un desastre. El augurio fue oportuno: el desastre se materializó en 2008 con el ciclón Nargis, y en 2011 Than Shwe abandonó el poder sin sobresaltos.

El sustituto de Than Shwe fue otro general, Thein Sein, con fama de burócrata, y que fue quien ganó las elecciones de 2010 con paraguas de civil. En el haber de Thein Sein figura la gestión de la transición al sistema multipartidista de la Señora. En el capítulo deudor destaca su plan de trasladar a toda la minoría rohinyá a un tercer país, algo que causó estupefacción en la comunidad internacional.

Naipyidó sigue siendo la capital birmana en tiempos de democracia aparente. Su principal huésped es la Señora, que despacha regularmente en Naipyidó con el nuevo comandante en jefe del Ejército, no otro que el verdugo de los rohinyá.

El general Aung Hlaing no es como Than Shwe ni Thein Sein. Es como Ne Win y Saw Maung, ganó las estrellas en el campo de batalla. Aung Hlaing acumuló galones en el combate contra dos grupos étnicos insurgentes, el Ejército del Estado Unificado Wa (UWSA) y el Ejército de la Alianza de Nacionalidades Democráticas de Myanmar (NDAAM). Sin embargo, es un hombre de su tiempo. Aunque de carácter reservado, frecuenta las redes sociales, su cuenta de Facebook tiene más de 1,3 millones de seguidores. Antes de despachar con la Señora el nuevo mandamás del Tatmadaw ya advertía en 2015 que ignoraba cuánto tiempo llevaría el traspaso del poder. “Pueden ser cinco años o diez, no lo sé”,

aventuró. Un año después emprendería la cacería de los rohinyá, de la que fue su arquitecto. En 2017, con la cacería en marcha, proclamó en un desfile militar en Naipyidó, en el día nacional, que "tenemos la obligación de hacer lo que debemos, de acuerdo con la ley".

La Ciudad Real del Sol acoge ahora a quien la quiera visitar. En sus primeros años de existencia los extranjeros tenían vetada la entrada. Para conocerla estaban obligados a solicitar un permiso al Ejército. Pero Naipyidó no acaba de seducir. No hay turistas en Naipyidó. Y el cuerpo diplomático sigue asentado en Rangún. Naipyidó tampoco atrae a las personalidades extranjeras de visita en Birmania. Si su agenda se lo permite, viajan por la mañana temprano a la Ciudad Real del Sol, pasan allí las horas justas e imprescindibles, y antes de que caiga la noche embarcan de nuevo para dormir en un planeta menos inhóspito. Esto es, Rangún, a 35 minutos de vuelo.

CAPÍTULO 3
# EL BUDISMO COMO DOGMA DE ESTADO

U Aye Lwin lee el Corán. Antepone a su nombre el título de Al-Haj, lo que indica que ha peregrinado a La Meca. Es musulmán y birmano. Forma parte del cinco por ciento de los 53 millones de habitantes del país al que emigraron sus ancestros. El color de la piel de Al-Haj no engaña, sus ancestros emigraron desde el subcontinente indio. Pero se considera ciudadano como el que más en un país donde la primera minoría religiosa es la que lee el Corán, aunque la primera minoría étnica sea la karen. Un país en el que etnia y religión suelen ir de la mano.

Al-Haj U Aye Lwin ha asumido y desempeña diversas responsabilidades. Preside el Centro Islámico de Myanmar, fue miembro de la Fundación Religiones por la Paz, ha sido líder espiritual de la orden sufí Qadariya Aaliyah. En calidad de representante de la comunidad de su credo fue elegido por Kofi Annan para integrar la comisión que el exsecretario general de la ONU creó para apagar la crisis rohinyá cuando el general Hlaing había prendido la mecha. Al-Haj no tiene duda. Dice que el Ejército provocó el incendio rohinyá con la intención de "poner en dificultades" a la Señora. Habla de una "maniobra" de las Fuerzas Armadas para desacreditar a la hija de Aung San.

"No es que quiera defender a la Señora, pero hay que entender su situación. Hace lo que puede. La Señora no puede luchar contra el Tatmadaw. Todavía tiene que ganarse su confianza. El Ejército la tiene a prueba. La transición no ha concluido", asegura. Al-Haj se refiere a Suu Kyi como si aún estuviera cautiva y el Ejército fuera su carcelero. Como si continuara el pulso entre ambas partes. Con una diferencia, la imagen de Suu Kyi no es la de entonces. "Cuando ahora se critica a la Señora —precisa—, los generales son felices. Los generales y el clero budista

radical".

El encuentro tiene lugar en la casa de Al-Haj en Rangún. La casa es modesta. No tiene acceso desde la calle. Hay que subir por una escalera estrecha y que se empina entre las casas de los vecinos para entrar en la de Al-Haj. En las paredes cuelgan viejas fotografías de familiares que llegaron a ser dignatarios del Estado. Fotos en blanco y negro de un Estado que era joven.

"Fue el general Ne Win quien empezó a mezclar religión y política. Ne Win lavó el cerebro a los birmanos. Hasta Ne Win, los musulmanes estaban bien integrados en la sociedad. Ocupaban cargos públicos. Tuvimos tres ministros musulmanes", apunta. Añade que "a pesar de su discriminación, los musulmanes seguimos después participando en política, de una manera o de otra, durante el régimen de los generales. De una manera u otra, también lo hicieron los rohinyá". Destaca que en las elecciones de 2010 varios candidatos rohinyá obtuvieron acta de parlamentario en la Asamblea Nacional, donde tenían voz y voto.

Por primera vez desde la creación del Estado, en el actual parlamento no hay, sin embargo, diputados rohinyá ni musulmanes, a consecuencia de las elecciones que encumbraron a la Señora. Al-Haj hace una confesión. "Si en las elecciones de 2015 no fue elegido ningún candidato musulmán fue porque la comunidad islámica votó en bloque por la Señora, como todas las minorías", subraya. Revela que "la Señora nos dijo que no había podido integrar en sus listas a candidatos musulmanes, pero que lo haría en el futuro. Que si no lo hacía en aquel momento era porque el Ejército y el clero budista radical no dejaban de presionarla, y la acusaban de querer islamizar el país". El Ejército y el clero budista radical pasaban por alto que los musulmanes eran parte indisoluble de Birmania, desde su cuna.

La primera referencia escrita a Birmania en el islam se remonta al siglo IX. Su autor fue un viajero persa, Ibn Khordadhbeh. La primera constancia de que seguidores de Mahoma pusieran pie en el país es posterior. Data del siglo XI, el siglo de oro de la cultura birmana, con la fundación de la ciudad de Bagan, matriz de un conocimiento científico y una creatividad artística que tuvo eco en toda la región y el resto del planeta. "Bagan es una de las maravillas del mundo", escribió Marco Polo. Cerca de 4.000 pagodas aún se

levantan en un área de 60 kilómetros cuadrados en torno a la antigua Bagan, que admira a quien la quiera conocer. El mito fundacional cuenta que un comerciante árabe había arribado a las costas birmanas tras el naufragio de su barco en las aguas de Martaban, al sur de Rangún. Shweipyng-gyi y Shweinpying-nge eran los hijos del naúfrago, que entraron en la corte del fundador de Bagan, el rey Anawrahta, como guerreros, oficio con el que lucharon en defensa de los intereses del monarca budista. El soberano acabaría, no obstante, condenando a los dos hermanos a muerte, por su resistencia a colaborar en la construcción de una pagoda cerca de Mandalay. Eso, según el mito fundacional, que como todos tiene algo o mucho de leyenda. La realidad es que la pagoda sigue abierta al culto y los fieles creen que el espíritu de los ajusticiados reside en el templo. En los alrededores, los budistas no consumen cerdo para no soliviantar al espíritu de los dos hermanos que leían el Corán.

Los oficios de comerciante y guerrero —en la Corte, también los de astrólogo, médico y eunuco— fueron los que practicaron los musulmanes birmanos en los siglos siguientes. La comunidad era pequeña y estaba compuesta por árabes, persas y nativos del subcontinente indio que, por sus costumbres, no se distinguían en la calle del resto de los birmanos. "Hablaban la lengua local, los hombres vestían como los budistas y las mujeres no llevaban velo", relata Moshe Yegar en su libro *Los musulmanes de Birmania*. "Eran birmanos en público y musulmanes en privado", explica Yegar, que sabía lo suficiente de ese tipo de conducta por su condición de judío. Yedar, que estuvo destinado en la embajada de Israel en Rangún, recuerda que los reyes toleraban la fe de Mahoma. Alude al rey Midon, que construyó un albergue en La Meca para que acogiera a sus súbditos musulmanes que peregrinaban a la ciudad santa islámica. El diplomático israelí hace una puntualización clave: si el islam no practicó conversiones masivas como en otros países de la región, como Malasia e Indonesia, fue porque en Birmania encontró una fe bien asentada y que la población seguía fervorosamente. Una rama del budismo diferente a otras derivadas de la iluminación del príncipe Buda Gautama.

El mito fundacional remonta la llegada del budismo al siglo V antes de nuestra era. Es decir, a tiempos de Buda, a quien desde Birmania fueron a

visitar a la India dos hermanos, una curiosa simetría con el mito fundacional musulmán. Tras escucharle, los hermanos Taphussa y Bhallika expresaron al maestro el deseo de expandir la iluminación en su país. Le pidieron una reliquia para que los birmanos comprobaran la autenticidad de la iluminación que derivaba del hinduismo. El maestro les entregó ocho hebras de su pelo, que son las que alberga la pagoda Shwedagon. La realidad es que cuando llegó el islam los birmanos ya eran fervorosamente budistas. Seguidores del budismo Theravada, diferente del budismo Majaiana, implantado en otros países del continente, entre ellos Bhutan y Tíbet.

Simplificando, el budismo Majaiana tiende a la introspección y, en ese grado, al pacifismo. Sin dejar de simplificar, el Theravada puede ser pacífico, pero tiende a la imposición. "El budismo Theravada tiene un concepto moral del universo", dice el profesor Matthew Walton. "En ese marco, los budistas birmanos entienden la política como una esfera del comportamiento moral", mantiene Walton en el libro *Buddhism, Politics and Political Thougths in Myanmar,* en el que disecciona la interacción entre moral, política y budismo, que marcaría los márgenes históricos del poder en Birmania.

En el sudeste asiático, el budismo Theravada fue extendido en el primer milenio por monjes de Sri Lanka, el país con la tradición budista más antigua del globo. Hace casi 2.000 años que la India dejó de ser budista, pero continúa siéndolo Sri Lanka. Madre patria del sudeste asiático en términos religiosos, la antigua Ceilán y los países que convirtió son los únicos estados de mayoría budista donde las minorías de otros credos sufren persecución.

En Sri Lanka esa intolerancia religiosa tiene su expresión contemporánea en el grupo Bodu Bala Sena, la Fuerza del Poder Budista, que instiga campañas antimusulmanas de forma periódica. La última con víctimas mortales se registró este año, con la muerte de dos creyentes islámicos y la quema de una mezquita y de decenas de tiendas de musulmanes, lo que obligó a las autoridades a decretar el estado de emergencia. La anterior campaña había tenido lugar en 2014, cuando fueron asesinados tres miembros de la minoría islámica de un país donde un diez

por ciento de la población sigue la fe de Mahoma.

En los países convertidos al budismo por monjes de la antigua Ceilán la violencia sectaria ha sido proporcional al número de habitantes musulmanes. En Camboya y Laos no ha habido violencia porque prácticamente no hay población islámica. Pero sí en el sur de Tailandia, donde en el antiguo reino de Pattani —anexionado hace un siglo por Bangkok y cuya población es de etnia malaya y fe musulmana— se libra una guerra sorda con el Ejército que ha costado la vida a más de 6.000 personas en la última década. Camboya, Laos y Tailandia son, junto con Birmania, el baluarte del budismo en el sudeste continental, donde las enseñanzas de Buda fueron mayoritarias, aunque en la actualidad solo las sigan el 30 por ciento de los habitantes, debido al éxito del proselitismo islámico. Los baluartes tienen naturaleza de irreductibles. En Birmania, esa naturaleza data de Bagan y se transformaría en dogma de Estado en el siglo XX, cuando se expresó con mayor virulencia. Y es que Birmania recibió más musulmanes que el resto de países de la región que aún profesan el budismo, lo que acrecentó la naturaleza de irreductible del nacional-budismo local, que colocó antes que en el resto del sudeste asiático a los musulmanes en el punto de mira.

El colonialismo fue el detonante. En la segunda mitad del siglo XIX, los británicos empezaron a trasladar a Birmania grupos de población desde el subcontinente indio. Algunos eran hindúes, pero la mayoría eran creyentes islámicos. El traslado tenía el objetivo de que los recién llegados ocuparan los puestos principales en la administración colonial, para la que ya tenían entrenamiento, ante la ausencia de personal cualificado entre la población autóctona. La explotación de los recursos mineros, el desarrollo del sector ferroviario, todos y cada uno de los departamentos de la nueva administración estaban a cargo de las poblaciones llegadas de la India. Los hindúes se integraron razonablemente bien, su religión estaba emparentada con el budismo. Los musulmanes lo hicieron peor, su tradición era bíblica, no védica. Eran proselitistas. Venían sin mujeres. Y no paraban de llegar.

En 1869, los censos coloniales registraban 4.425 musulmanes en Rangún. Cinco años después, en 1874 ya eran 11.671, más del doble. La colonización agravó aún más el desequilibrio demográfico de Birmania en

términos religiosos y étnicos. En la segunda década del siglo XX, en el país había 11 millones de birmanos y un millón de indios.

La reacción de la población local se tradujo en episodios sangrientos durante la colonia. En 1930 y 1938 se asesinó a indios musulmanes, se quemaron sus tiendas, se atacaron sus mezquitas. En los primeros años del moderno Estado birmano el encono fue latente. Como dice Al-Haj, con la llegada de Ne Win el rencor se materializó en medidas legales o semilegales, se denegaron permisos para la construcción de mezquitas, se exigieron autorizaciones para los matrimonios de parejas de diferente religión. El objetivo era preservar el mayor común denominador de un país donde el 60 por ciento de los habitantes pertenecía al grupo étnico mayoritario bamar pero el 90 por ciento de la población era budista. Ne Win recuperó el budismo como religión nacional con fines identitarios. Los generales que le sucedieron siguieron ese camino, usando de coartada el aura de bonhomía que rodea a las enseñanzas de Buda, que se tienen por bondadosas y cándidas. "Eso es imposible, somos budistas, no podemos hacer daño", decía Than Shwe cuando le preguntaban una y otra vez por las atrocidades cometidas por el Tatmadaw.

En Birmania todo gira en torno a las pagodas. El clero es omnipresente en la vida cotidiana. En muchos poblados el día se inicia con una procesión de clérigos recorriendo las calles, recogiendo las donaciones de los vecinos. En pago, los monjes atienden las súplicas de los vecinos y les prometen su intermediación con los poderes celestiales y terrenales. Como el Tatmadaw, el oficio clerical garantiza la manutención y recluta a menores. Los monasterios están llenos de niños. Tan llenos, que algunos más que monasterios parecen guarderías. El Tatmadaw y el clero budista proporcionan estatus. Junto a la Señora, son los tres pilares del poder político, aunque el clero es el más intocable, incluso para los punk. En marzo de 2017 el grupo punk más popular de Rangún, Rebel Riot, tuvo que pedir públicamente perdón y hacer propósito de enmienda en una pagoda por haberse burlado de la clase clerical. Su pecado fue haber sustituido sus cazadoras de cuero por túnicas de color azafrán. La denuncia fue tramitada por el Ministerio de Asuntos Religiosos, que regula los matrimonios interconfesionales, la construcción de templos y todo lo que se considere

ofensivo a la iluminación de Buda.

En tiempos antiguos, los reyes defendían el budismo con sus ejércitos. En contrapartida, el clero les garantizaba legitimidad en el trono. El régimen de los generales quiso repetir el esquema, y Ne Win hizo lo posible por sumar el respaldo del clero a la ideología que mezclaba socialismo, nacionalismo y budismo, a partes iguales. Sol Resplandeciente lo logró, a medias. El clero budista no es uniforme, en 2013 se contabilizaron oficialmente 58.399 monasterios y 280.000 monjes, más de uno por cada 200 birmanos. Sol Resplandeciente aplicó la misma estrategia que en los estados fronterizos, infiltró delatores en los monasterios. Durante su régimen, el espionaje le funcionó excepto en el turbulento 1988, cuando los monasterios acogieron a dirigentes estudiantiles que eran víctimas de la represión. Parte del clero, el movimiento 969, respaldó más adelante la creación de la Liga Budista observante y confesa. La Señora no dejó a continuación de incluir a los monasterios en sus giras por el país. Fue el Ejército el que acusó entonces a la Señora de infiltrar a sus partidarios en la clase monástica. Tanto el Ejército como la Señora sabían que el apoyo del clero era primordial para el porvenir de sus intereses. En Birmania no hay cambio político en el que no aparezcan, tarde o temprano, en vanguardia o retaguardia, túnicas de color azafrán.

La prensa anglosajona puso el nombre de “revolución azafrán” a un movimiento de protesta que en 2007 no propició ningún cambio político pero estuvo cerca de tumbar el régimen de los generales. La chispa saltó con la divulgación de una noticia que se basaba en un sacrosanto error. La noticia fue que un grupo de militares había atado a un poste y azotado con un látigo a un monje en la localidad de Pakokku. Y se extendió el rumor de que el monje, que apoyaba protestas populares por la subida del precio del fuel, había muerto a causa de las torturas. Miles de clérigos de todas las edades salieron de los monasterios y organizaron sentadas y manifestaciones. Para variar, las protestas más multitudinarias tuvieron como escenario Rangún. Una de las marchas se dirigió al número 54 de la avenida de la Universidad en solidaridad con la Señora. El Tatmadaw, que no había reaccionado hasta ese momento, hizo entonces lo que mejor sabe hacer, disparar. Al menos tres monjes murieron en la pagoda Shwedagon. Al

Ejército, la rebelión se le había de ido de las manos entre sus propias filas; oficiales de diferente graduación fueron detenidos por negarse a abrir fuego contra los monjes. El principal instigador de la revuelta fue U Gambira, un clérigo de 26 años. Fundador de la Alianza de Monjes de Toda Birmania, U Gambira ingresó en 2008 en la prisión Insein. Se le amnistió en 2012 y, aunque lo intentó, no encontró después sitio en ningún monasterio por su antigua trayectoria de preso político. U Gambira se quitó la túnica azafrán, se exilió en Tailandia y se casó. La Alianza de Monjes de Toda Birmania pasó a mejor vida.

A principios del siglo XXI la principal organización clerical es la integrista Ma Ba Tha, la Asociación Patriótica de Myanmar, también conocida como la Asociación por la Defensa de la Fe y la Raza, que comparte placenta con la Fuerza del Poder Budista de Sri Lanka. Como su gemela srilankesa y las organizaciones integristas islámicas y de cualquier credo, Ma Ba Tha es muy activa en centros educativos y proyectos de ayuda a los más necesitados, que convierte en incondicionales. El líder espiritual de la Asociación por la Defensa de la Fe y la Raza es Ashin Wirathu, que a los 14 años dejó la escuela e ingresó en la orden monástica, en la que no tardó en distinguirse. Antiguo integrante del movimiento 969, en 2001 organizó una campaña para boicotear los comercios musulmanes. "Compra budista", era su lema. Wirathu fue detenido en 2003 por incitar a la violencia sectaria, pero en 2010 fue amnistiado. Y siguió distinguiéndose. En 2012 respaldó la idea de trasladar a un tercer país a los rohinyá, la propuesta del general con traje de civil, Thein Sein. Wirathu alcanzó notoriedad internacional un año después, en 2013, cuando la revista *Time* le dedicó una portada con su foto y el título de "La cara del terror budista". *Time* afirmaba que Wirathu se definía a sí mismo como "el Bin Laden del budismo", algo que posteriormente él negó. Tampoco tuvieron desperdicio sus declaraciones en una entrevista para el diario *The Guardian*, en la que se ofreció como asesor de Donald Trump y Nigel Farage —el líder xenófobo británico que impulsó el Brexit—, para ayudarles a resolver "el problema que el islam también plantea en Occidente". En el plano interno, Wirathu es más convencional. Rechaza, como casi todos los birmanos, que los rohinyá tengan identidad diferenciada, los califica de "inmigrantes

ilegales bengalíes". Reitera que la iluminación predica la paz, pero, interrogado sobre las violaciones de mujeres rohinyá por parte de los soldados del Tatmadaw, va bastante lejos que Than Shwe y su apelación a la bohonomía budista. Wirathu esgrime que la violación de mujeres rohinyá "es absolutamente imposible, sus cuerpos son demasiado repugnantes".

Como el general Hlaing, Wirathu es un hombre de su tiempo. Utiliza YouTube y publica vídeos en los que entra en trance y, con ojos entornados y voz susurrante, reitera el mantra de la deuda inmemorial adquirida por los birmanos con el budismo. El líder de la Asociación de Defensa de la Fe y la Raza creó el caldo de cultivo en el que germinó el drama rohinyá. Es el aliado natural del general Hlaing en sus despachos con la Señora. "La Señora quería ayudar a los emigrantes ilegales bengalíes pero la hemos frenado", se jactaba Wirathu en su entrevista con *The Guardian*.

El portavoz de Ma Ba Tha, el monje U Thaw Parka, se ajusta al guion de su líder espiritual. U Thaw Parka lo hace en un correo electrónico enviado desde Mandalay. Si Rangún es la capital cultural y económica y Naipyidó la política, Mandalay es la capital religiosa. Lo es desde que la visitó Buda, de acuerdo con el mito fundacional. Que Mandalay fuera visitada por el príncipe indio que fundó el budismo forma parte de la leyenda, y que nunca fuera visitada por el poeta inglés Rudyard Kipling forma parte de la realidad. Lo que no impidió que el poema de Kipling "Camino de Mandalay" permitiera que la ciudad santa del budismo birmano ingresara en el imaginario colectivo occidental con tintes legendarios. Rodeada de colinas en cuya cúspide refulge el pan de oro de las pagodas, Mandalay es el cuartel general de Ma Ba Tha. En el monasterio Masoyein, en el corazón de la moderna Mandalay, se aloja Wirathu, que dispone, en la capital religiosa, de una fuerza de choque de 2.500 monjes con túnicas de color azafrán.

"Si echamos un vistazo a la historia de Birmania y sus etnias, nos daremos cuenta de que toda nuestra tradición se ha basado en el budismo enseñado en los monasterios. Desde la época de Bagan, el país se ha construido bajo la cadencia del budismo. Budismo y educación, budismo y política siempre fueron juntos. El alma de Myanmar es el alma del budismo, que corre por la sangre de los birmanos, y se ha transmitido de generación

en generación", afirma Parka en su correo electrónico desde Mandalay, en el que sigue la doctrina la Wirathu pero introduce matices cuando se refiere al conjunto de los seguidores de la fe de Mahoma.

"Hay musulmanes que han nacido en Birmania y respetan nuestra tradición. Esos musulmanes no suponen ningún problema, y pueden vivir tranquilos con nosotros. El problema son los extremistas. Quien diga que los musulmanes extremistas no son un peligro es que está loco", puntualiza. Parka es luego más elíptico: "No podemos decir que todos los musulmanes son extremistas, pero sí tenemos que decir que todos los extremistas son musulmanes". En esa ecuación, integra en una categoría aparte a los rohinyá. "La crueldad de los inmigrantes ilegales bengalíes —asevera— es conocida por todos, desde hace mucho tiempo".

"Los extremistas bengalíes han matado a nuestra gente budista, han violado a nuestras mujeres", dice Parka en su misiva, remitida la víspera de que el papa Francisco llegara a Birmania, en la primera visita al país de un pontífice de Roma. "Estamos felices de que Francisco venga a visitarnos. El líder cristiano es bienvenido. Pero esperamos que no defienda a los extremistas bengalíes. Debe saber que nuestra religión pasa por un momento delicado. Si Francisco defiende a los extremistas bengalíes, recibirá críticas", advierte. El portavoz de la Asociación por la Defensa de la Fe y la Raza no debía tener cuidado. El papa Francisco también fue lo suficientemente elíptico como para no salirse del guion.

Tres meses antes de su llegada a Myanmar, el cardenal Jorge Bergoglio había defendido a los rohinyá en un ángelus en el Vaticano. "Llegan noticias tristes de los rohinyá. Van de un sitio a otro porque no les quieren. Son buenos. No son cristianos. Son gente pacífica. Son nuestros hermanos y hermanas y desde hace años sufren, son torturados, asesinados, simplemente por seguir su fe musulmana", dijo el pontífice en agosto de 2017 en la plaza de San Pedro. Tres meses después, en el país de los rohinyá no citó a quienes habían pedido que la Cristiandad los tuviera en cuenta en sus oraciones. El guion de su visita lo había escrito la Iglesia católica birmana, que, como la minoría musulmana, apoya a la Señora.

La llegada del cristianismo a Birmania no tiene mito fundacional. En Bagan han aparecido cruces que datan del siglo XI y fueron descubiertas en

excavaciones arqueológicas. Pero no se ha fabulado sobre cómo y por qué llegaron hasta allí; su origen sigue siendo desconocido, en realidad. La primera presencia acreditada de cristianos en el país se remonta al siglo XVI, cuando comerciantes portugueses practicaron algunas conversiones. Los misioneros llegaron doscientos años después, en el siglo XVIII, y fueron portugueses, franceses e italianos. Como en el resto de Asia, en Birmania el cristianismo nunca ha dejado de ser, no obstante, marginal. En la actualidad cuenta con unos 700.000 creyentes, apenas el 1,3 por ciento de la población, y, en su inmensa mayoría, pertenecen a grupos étnicos minoritarios de regiones remotas a las que no había llegado el Corán de Mahoma ni la iluminación de Buda, y eran animistas antes de que el proselitismo cristiano tuviera éxito. Ha habido excepciones. Pho Hnyn, padre de Khin Kyi y abuelo de la Señora, era un bamar budista que se convirtió al cristianismo. Pero la práctica totalidad de los bamar son budistas. Y en su inmensa mayoría, los cristianos birmanos son karen, chin y kachin, que, como sus hermanos de etnia, han sufrido persecución. El Tatmadaw ha practicado la quema de iglesias y el asesinato de creyentes cristianos en los estados fronterizos. También el Tatmadaw ha impulsado en esos estados la creación de grupos guerrilleros budistas con el propósito de contrarrestar organizaciones rebeldes de mayoría cristiana. El Ejército Democrático Budista Karen (DKBA) se formó con el único objetivo de combatir al mayoritariamente cristiano Ejército de Liberación Nacional Karen (KNLA). La llegada del papa Francisco a ese avispero étnico y religioso se producía después de que el Vaticano y Birmania hubieran acordado su mutuo reconocimiento diplomático para abrir una nueva etapa en unas relaciones que habían sido tormentosas durante el régimen de los generales. La preocupación de la Iglesia católica birmana era que un desliz verbal del pontífice diera al traste con ese proceso, y recomendó al papa que no mencionara a los rohinyá en su histórico viaje. Lo hizo por miedo, y por otra circunstancia.

El miedo era que si el papa citaba a los rohinyá los cristianos volvieran a ser el foco de una persecución que conocían por experiencia. “La relación con nuestros conciudadanos budistas ahora es buena, no existen hostilidades. Los problemas podrían surgir si el Santo Padre utiliza la

palabra ‘rohinyá’. Eso daría pretexto a los extremistas budistas para crear tensiones”, razonó a la agencia vaticana Asianews el portavoz de la Conferencia Episcopal de Myanmar, el sacerdote Mariano Soe Naing. La circunstancia que acompañaba al miedo la explicó el obispo John Hsane Hgyi. “Dicen que los emigrantes bengalíes han sufrido toda clase de atrocidades. La verdad es que no lo sé porque no he visto esas atrocidades”, declaró sin rubor ante los periodistas el prelado, miembro de la Conferencia Episcopal birmana. El obispo Hsane Hgyi destilaba ante la prensa xenofobia, religiosa y racial.

Francisco inició su visita el 27 de noviembre de 2017, un día que había previsto de descanso tras su largo vuelo desde la ciudad eterna. No pudo ser. El general Hlaing adelantó de forma inesperada la entrevista entre ambos, que estaba programada para el último día de estancia de Francisco. La entrevista se celebró el primero, cuando Hlaing, y otros tres generales se personaron en el arzobispado de Rangún, donde se hospedaba el obispo de Roma. Tras el encuentro, que duró entre 15 y 20 minutos, el Vaticano sacó un comunicado en el que precisó que Francisco había recordado a su interlocutor “la responsabilidad de los dirigentes en tiempos de transición política”. El general Hlaing no tardó en colgar en Facebook un mensaje, con lo de siempre: “En Myanmar hay libertad de culto, el Ejército está para garantizar la paz y no hay discriminación étnica”. Punto.

En el segundo día de su visita Francisco viajó a Naipyidó, las horas justas imprescindibles, para entrevistarse con la Señora, que le dio la bienvenida en la Ciudad Real del Sol. El encuentro duró más o menos o lo mismo que el mantenido con el general Hlaing. El papa y la Señora pronunciaron después sendos discursos públicos. El papa destacó en su alocución la necesidad de que “el futuro de Myanmar sea de paz. Una paz basada en la dignidad y los derechos de cada una de las comunidades que consideren que tienen su hogar en el país”. La Señora resaltó que “los desafíos de Myanmar son muchos y cada uno de ellos requiere fuerza, paciencia y coraje. En tiempos difíciles, la ayuda de los amigos es inapreciable”. La segunda jornada del viaje papal concluyó con puntos suspensivos. O con un signo de interrogación.

El tercer día Francisco lo dedicó a reunirse con el Sangha, el consejo

directivo del budismo birmano, y celebró una misa multitudinaria en la explanada del estadio Kyalkkasa, que había sido el hipódromo de Rangún hasta que Ne Win prohibió las carreras de caballos. El papa subrayó la necesidad de separar etnia y fe. E hizo proselitismo: “La Iglesia ayuda a gran número de hombres, mujeres y niños, sin hacer distinción de su religión y de su origen étnico”, aseguró. Durante la homilía, el papa Francisco enarboló una cruz de madera de teca y tamaño humano que le había regalado un grupo de cristianos kachin, desplazados internos por los enfrentamientos en el Estado de su etnia, donde el Tatmadaw continuaba con sus razzias.

El papa concluyó su estancia el 31 de noviembre con otra misa, esta vez en la catedral de Santa María, también en el centro de Rangún. Entre los fieles que acudieron a escucharle figuraba el sacerdote de etnia karen George Maung Maung, que oficiaba misa a diario en la catedral ante un puñado de feligreses. Sin contener la emoción, Maung dijo al contemplar la iglesia a rebosar que “nos ha venido a ver Jesús”.

Durante su estadía, el papa se reunió con Al-Haj. Lo hizo en un encuentro que mantuvo con representantes de diferentes confesiones religiosas en el arzobispado.

Al-Haj es un hombre de fe. Es musulmán, pero su fe es polifacética. Comparte fe con los cristianos. En su fe en la Señora, lo que ya es tener fe. Antes de reunirse con Francisco, Al-Haj había anticipado que le iba a pedir a que rezara por los rohinyá. “Le voy a pedir que rece por los rohinyá. Pero no solo por ellos. Le voy a pedir que rece también por el resto. Le voy a pedir —aclaró— que rece por todos nosotros”.

CAPÍTULO 4
# INNOMBRABLES

Todo el mundo sabe que lo que se calla no existe. Y que, repetida las veces necesarias, una mentira acaba siendo verdad. También se le puede cambiar el nombre a las cosas; Arakan es el nombre de la tierra de los rohinyá. Rakéin es el nombre con que el régimen de los generales rebautizó a Arakan. Es más, Rakéin sigue siendo el nombre de Arakan bajo el mandato de Aung San Suu Kyi.

En el oeste birmano, Arakan es una franja costera de más de 500 kilómetros que se extiende a lo largo del golfo de Bengala y que ha formado parte del país solo de manera intermitente. La cordillera de Arakan Yoma, que alcanza 3.000 metros de altura, separa geográficamente la franja costera del resto de Birmania; es la otra frontera natural de una región aislada por el mar y las montañas y que ha tenido su propio itinerario, que se ha cruzado con el del resto del país en intersecciones históricas que nunca la habían anclado definitivamente en Myanmar, como el régimen de los generales también rebautizó Birmania en su obsesión por cambiarle el nombre a todo. Es más, Arakan tuvo una relación histórica más antigua con su vecino del noroeste, la entonces Bengala y actual Bangladés, de la que, excepto el estuario del Naf en un pequeño tramo de costa, no le separa ninguna frontera geográfica.

La influencia étnica y religiosa del subcontinente indio en la región se remonta a hace milenios. En Arakan se han hallado inscripciones en sánscrito en ruinas de templos hindúes, lo que permite suponer que culturalmente formó parte antes del sur que del sudeste del continente. Culturalmente, la franja costera fue una prolongación de la India, de donde procedieron sus primeros pobladores en tiempos históricos, antes de la llegada, a través de la cordillera de Arakan Yoma, de un pueblo budista de

origen chino-tibetano, que venía del centro del país y estaba emparentado con los bamar. Este pueblo, cuya llegada se data hacia el siglo X, sería vasallo de Bagan y fabuló su propia leyenda. Un antiguo texto budista local asegura que, como a Mandalay, a Arakan la había visitado el mismo Buda para reencontrarse con el rey rakéin Sanda Thuriya, de quien había sido amigo en otra vida, y para enseñar a sus discípulos en la región cuáles habían sido sus otras reencarnaciones. Entre otras, una boa, un rinoceronte, un elefante y un gallo. Los discípulos le hicieron al maestro una escultura a su imagen y semejanza para conmemorar la visita, que Buda realizó volando por las nubes. La región pasaría a conocerse con el nombre de "el país de la gran imagen", por si hubiera duda de la fe de su pueblo. El nombre de ese pueblo, "rakéin", tiene su origen en la palabra sánscrita *rakkha*, 'demonio', cuya transcripción en lengua budista pali transformó su significado en 'orgullosos de su raza'. Ese es el nombre con que rebautizó a Arakan el régimen de los generales.

Cuatro siglos después, las influencias recibidas del sudeste y el sur del continente se acabaron de trenzar. El soberano del reino budista de Arakan, Narameikhla, buscó refugio en 1404 en la entonces Bengala, que seguía la fe de Mahoma. Narameikhla huía de las tropas del reino de Ava que, tras la caída de Bagan, predominaba en territorio birmano. El sultán de Bengala, Ahmad Shah, acogió a su vecino pese a separarles la fe religiosa. Moshe Yegar cuenta que Narameikhla luchó durante lustros a destajo en el Ejército de su par musulmán. El budista Narameikhla combatió en favor del islámico Ahmad Sha, como guerrero. La realidad histórica de Arakan es como la de Birmania, pero al revés.

Su desempeño como guerrero permitió a Narameikhla ganarse la suficiente confianza de sus anfitriones como para que el sucesor de Ahmad Shah, Nadir Shah, pusiera a su disposición tropas y recuperara el trono. La campaña militar de los partidarios budistas de Narameikhla y los soldados musulmanes de Nadir Shah logró en 1430 su objetivo. Narameikhla volvió a ser rey de Arakan, donde fundó una nueva capital, Mrauk-U, conocida como "la pequeña Bagan" y que tiene un patrimonio también budista. Pero la participación musulmana en la construcción y viabilidad de Mrauk-U fue mucho mayor que en Bagan. La budista Mrauk-U fue tributaria de la

islámica Bengala. Las tropas bengalíes que había traído Narameikhla acamparon y se quedaron en Mrohaung, un poblado cercano, en el que levantaron la mezquita de Sandikhan, la más antigua que sigue en pie en territorio birmano. Es objeto de controversia, pero hay quien piensa que esos soldados fueron los antepasados de los musulmanes de la región, que se llamarían a sí mismos rohinyá. También en esto hay diversas interpretaciones, en ocasiones contradictorias; ellos dicen que su nombre deriva de la palabra de origen árabe *Al-Rojan*, 'tierra bendita', de la que también procedería el nombre de Arakan.

El vínculo entre la musulmana Bengala y la budista Arakan se estrechó un siglo y medio más tarde, cuando un príncipe indio e islámico encontró refugio en la región. Shah Shuja era hijo del emperador mogol Shah Jahan, el constructor del Taj Mahal y cuyo trono se disputó con su hermano Aurangzeb, que fue quien se impuso en el litigio dinástico y llevaría al Imperio mogol a su máxima extensión territorial en la India. Entonces virrey de Bengala, Shah Shuja huyó a Mauk-U, donde en 1660 fue recibido con honores reales. Con el príncipe mogol, que sería asesinado en Arakan, viajaron buen número de seguidores que incrementaron la población musulmana de la región, a la que nutrieron con bailes, canciones, cuentos y tradiciones árabes, persas y bengalíes. Yegar dice que la influencia musulmana se tradujo en costumbres del pueblo y la Corte de la región, que profesaban el budismo. Los reyes sumaron títulos musulmanes a sus credenciales de adeptos a la iluminación de Buda. Las mujeres budistas de Arakan adoptaron el hábito de llevar velo, como las musulmanas.

El ambiente descrito por Yegar era el que había encontrado en ese mismo siglo el agustino portugués Sebastião Manrique, el principal cronista occidental de la antigua Mrauk-U. Manrique estaba destinado en Goa cuando en 1628 fue enviado a Bengala y a Arakan. En la costa occidental de la India, Goa era el centro de operaciones de la expansión religiosa y comercial portuguesa en Asia. La misión que se encomendó a Manrique fue irradiar desde Goa la fe cristiana en el este del continente que correspondía a los portugueses en el reparto de la evangelización universal acordada en 1492 con los españoles en el Tratado de Tordesillas, donde los países ibéricos se repartieron el globo por hemisferios.

En el golfo de Bengala, el agustino descubrió una comunidad portuguesa compuesta menos por evangelizadores que por piratas y aventureros, relata el autor irlandés Maurice Collis, que estuvo destinado en Arakan durante la colonia británica, en su libro *El país de la gran imagen*. Filipe de Brito había sido el más conocido exponente de la comunidad portuguesa en el golfo de Bengala, más dedicada a lo humano que a lo divino, e integrada por hombres dispuestos a arriesgar lo necesario en la medida en que tenían mucho que ganar y poco que perder, excepto la vida. De Brito y sus mercenarios habían estado a sueldo del reino de Arakan, para el que conquistaron la segunda ciudad de la actual Bangladés, Chittagong. Gracias a De Brito y su gente el reino de Arakan se extendía asimismo al reino de Pegu, en la espina dorsal de Birmania. El mercenario luso presumía de quitar y poner reyes en el golfo de Bengala, y llegó a proclamarse soberano de la ciudad de Thanlyin, junto a Rangún, aunque sus andanzas le costarían terminar empalado por los birmanos, y expirar después de tres días de tormento. Sobre la mesnada portuguesa pesaba la sospecha de traición, y garantizar al rey de Arakan, Thiri-thu-dhamma, que sus compatriotas eran de fiar fue el propósito con que Manrique viajó a Mrauk-U, ciudad que compara con Venecia: como otras capitales del sudeste asiático, varios brazos de río atravesaban la antigua Mrauk-U, donde la mayoría de las calles eran canales navegables para grandes embarcaciones, escribe el agustino en su libro *Viajes*.

Durante su estancia en la capital arakanesa, Manrique fue testigo de cómo un consejero musulmán de Thiri-thu-damma recomendó al rey budista la perfidia de matar a 6.000 súbditos para elaborar con sus corazones el elixir de la inmortalidad. El agustino también cuenta que cayó preso, denunciado por complicidad con el tráfico de esclavos que practicaban los portugueses. Fue la comunidad islámica la que le eximió de la acusación, lo que le hizo romper en llanto. Manrique pinta un reino de Arakan que era la avanzadilla geográfica de los países situados más al este, los reinos birmanos, los principados Shan, el antiguo reino de Siam, la actual Tailandia, con los que compartía creencia religiosa y familia étnica. En Arakan terminaba un mundo, que giraba en la órbita india, y empezaba otro, que giraba en la órbita china, narra Manrique en *Viajes*, un libro que

concluyó en 1643, tres años después de que, en 1640, España y Portugal se volvieran a separar en reinos diferentes, pero que escribió en castellano, no en portugués. En "un castellano desastroso", según Santiago Vela, historiador de la orden agustina.

El proyecto ibérico de evangelización universal ya se encaminaba irremediablemente al fracaso cuando, tras una larga decadencia, la historia de Mrauk-U y el reino de Arakan llegó a su fin con la conquista de la región por las tropas de la dinastía birmana Konbaung en 1784. Uno de los pretextos de la conquista fue, precisamente, que Arakan no era lo suficiente ni necesariamente budista. Después de la de Bagan, la dinastía Konbaung alumbró la segunda época dorada de la historia de Birmania, por poco tiempo. Medio siglo después, la dinastía Konbaung cedió Arakan al Imperio británico, la nueva potencia global, que había acabado de colonizar el subcontinente indio y comenzaba a extender su dominio a Birmania. Lo haría de forma progresiva, en medio siglo y tres fases.

Además de Arakan, en 1826 los británicos aposentaron sus reales en la región birmana de Tenasserim, y en las indias de Assam y Manipur, en las estribaciones del Himalaya, que el siglo anterior habían caído en manos de la dinastía Konbaung. En la segunda guerra anglobirmana las tropas británicas se hicieron, en 1852 con la región de Pegu. En la tercera, los británicos conquistaron lo que quedaba del país, con la toma en 1885 de Mandalay. Birmania se convirtió en la colonia de otra colonia; pasó a depender administrativamente de la India, la joya de la corona de su Graciosa Majestad.

Tampoco la colonización dejó el mismo rastro que en el resto del país. La colonización fue más prolongada en Arakan, cuya cercanía con Bengala propició un mayor trasvase de población de las zonas limítrofes. La emigración bengalí se incrementó a buen ritmo, duplicándose casi en cada década. En el puerto de Sittwe, la antigua Akyab y nueva capital regional, el censo colonial registraba 58.263 musulmanes en 1872; nueve años después, en 1891, su número era de 99.548. Los recién llegados procedían de la región de Chittagong, la antigua posesión bengalí del reino de Arakan, que los británicos convirtieron en vivero de mano de obra en su nueva aventura colonial y cuyo bengalí dialectal es próximo al habla de los rohinyá. Un

bengalí dialectal que distinguía a los musulmanes de la franja costera de los seguidores de la fe de Mahoma en el resto del país, que hablaban birmano.

La Segunda Guerra Mundial fue un punto de inflexión en el encono étnico y religioso. En general, los musulmanes apoyaron a los británicos y los budistas a los japoneses. En *Los rohinyá, en el interior del genocidio escondido de Myanmar*, el académico Azem Ibrahim afirma que "los británicos reclutaron rohinyá con la promesa de crear un régimen relativamente independiente en la zona musulmana de Arakan a cambio de su esfuerzo de guerra". Era la misma promesa que los británicos hicieron a los karen, que también les apoyaron durante el conflicto bélico. Los británicos incumplieron su palabra, en ambos casos. La retirada de las tropas coloniales desembocó en enfrentamientos sangrientos en las zonas karen. Y en el sur de Arakan. Ibrahim cifra en 100.000 los rohinyá que murieron, en 307 los poblados destruidos y en 80.000 los musulmanes de la zona que en 1942 huyeron al norte de la región, donde los creyentes islámicos eran mayoría. Cuando se proclamó la independencia, Arakan ya estaba dividida en dos sectores bien delimitados. El sur, de mayoría budista, y el norte, abrumadoramente musulmán. No solo eso, el 44 por ciento de los musulmanes de toda Birmania se concentraba en los distritos de Maungdaw, Buthidaung y Rathedaung, en el norte de una franja costera que, tras el Chin, constituía el Estado más pobre de la nueva nación. Arakan no tenía los recursos naturales de estados como el Shan y el Kachin, y sus pobladores subsistían de la pesca y la agricultura.

Fracasado el intento de incorporarse a Bangladés, los musulmanes pidieron la creación de un Estado en el norte arakanés que formara parte de Birmania pero fuera administrado desde Rangún, para evitar ser gobernados por los budistas de la zona meridional. Pese a su parentesco étnico, religioso y cultural con el pueblo bengalí, los rohinyá reclamaban una identidad diferenciada, que vinculaban a la franja costera. La propuesta salió adelante y, durante tres años, de 1961 a 1964, el conocido como distrito de Mayu fue administrado directamente desde Rangún, y por el Tatmadaw. El asentamiento en el poder de Ne Win y la instauración del régimen de los generales acabaría con la reivindicación, y sumergió a los rohinyá en una interminable espiral de acoso y negación de su identidad como pueblo.

El argumento fue el mismo que el utilizado para no reconocerles como etnia autóctona durante el proceso de emancipación: no figuraban entre los grupos tribales identificados antes de la llegada de los británicos. Al instalarse en 1826, la potencia colonial había distinguido y numerado tres grupos distintos de población en Arakan; 60.000 budistas, 30.000 musulmanes y 10.000 personas de otros credos y orígenes. Pero si a los budistas los identificaban étnicamente como rakéin, a los musulmanes no los clasificaban como rohinyá. Y la población musulmana se había multiplicado desde entonces. En otro censo colonial, realizado por los británicos un siglo después, en 1911, figuraban 210.000 budistas y 155.000 musulmanes. Pero tampoco se identificaba a los musulmanes como rohinyá. Conclusión: los rohinyá eran un producto de la colonización, que los había traído de Bengala. El régimen primero civil y después militar de Birmania obviaba que los británicos clasificaban a la gente con criterio religioso antes que étnico. También obviaban el sustrato étnico del subcontinente indio en los primeros tiempos históricos de la región, y los posteriores siglos de intercambio entre los reinos de Arakan y Bengala, que habían sido vasos comunicantes. Y que el nombre "rohinyá" había aparecido en crónicas anteriores a la colonización, en 1799 y en la obra de Francis Buchanan. Buchanan relata que, a fines del siglo XVIII, en Arakan convivían dos pueblos, que nombra como "yakein" (rakéin) y "rooinga" (rohinyá). "Los mahometamos de la región se llaman a si mismos 'rooinga' y los 'yakein' atienden las enseñanzas de Buda", constató el enciclopedista escocés, experto en el subcontinente indio.

Aunque no reconocidos como etnia autóctona, los rohinya participaron en la vida política birmana "de una manera u otra", como recuerda Al-Haj, durante el régimen democrático de U Nu y los primeros años de la dictadura militar de Ne Win. La Constitución aprobada en 1974 puso las cosas en su sitio. El texto constitucional concedía el derecho de ciudadanía a "todas aquellas personas cuyos padres han nacido en el país y son ciudadanos birmanos". Los rohinyá cumplían la primera de las condiciones pero no la segunda, por la simple razón de que, desde la independencia, nunca habían sido reconocidos como ciudadanos. Miles huyeron a Bangladés. A los que se quedaron se les concedió una tarjeta de residencia como extranjeros. La

ley de ciudadanía de 1982 fue otra vuelta de tuerca. Insistía en que solo eran etnias locales las registradas antes de la colonia británica. La nueva ley dio vía libre a la prohibición de que los rohinya tuvieran más de dos hijos, necesitaran permiso para contraer matrimonio y se restringiera su libertad de movimiento, entre otras medidas que fueron reforzadas en la Constitución de 2008, que Ibrahim considera en algunos aspectos más represiva que los textos legales anteriores. Esa era la situación cuando en el censo birmano de 2014 se les anuló el permiso de residencia, la llamada "tarjeta blanca", y no se les dejó más opción que elegir entre declararse "bengalíes" o no tener derecho a voto, que es lo que decidió la mayor parte de la comunidad. Un año después, y con ese censo, se celebraron las elecciones que en 2015 encumbraron a la Señora, cuya Liga había establecido desde su creación alianzas con partidos budistas arakaneses, compuestos por nacionalistas rakéin que no permitían que los rohinyá ingresaran como militantes. Como el Partido Nacional de Arakan (PNA), integrado solo por rakéin, que fue el más votado en la región —Arakan y Shan fueron los únicos estados en los que no ganó la Liga—, y con fuertes vínculos con el monacato budista local, defensor de la raza y la religión, la versión arakanesa de la ideología de Ma Ba Tha. El clientelismo político de la Liga con las fuerzas rakéin de confesión budista de Arakan consolidó una práctica que se había abierto camino durante el régimen militar. Bajo el mandato de la Señora, los rohinyá serían, sencilla y llanamente, innombrables. Innombrables e incontables; nunca serían ya incluidos en ningún censo.

No siempre había sido así. Dos notables de la minoría, Sultan Ahmed y Abdul Gaffar, habían formado parte de la Asamblea Constituyente birmana. Tras la independencia, los rohinyá habían formado organizaciones de carácter legal en las que no se ocultaba su nombre, la Organización de los Rohinyá Unidos, la Organización de Estudiantes Rohinyá, la Organización de la Juventud Rohinyá o la Organización Laboral Rohinyá. El Gobierno civil de U Nu había permitido una emisora de radio que emitía en su lengua, una prueba irrefutable de reconocimiento de su existencia. Pero, al mes de que la Señora tomara posesión, el embajador de Washington en Naipyidó, Scott A. Maciel, fue el primero en comprender que a los rohinyá no se les

podía citar por su nombre oficialmente.

El motivo fue un comunicado en el que la embajada norteamericana expresó sus condolencias por la muerte de una veintena de rohinyá que huían en un barco que naufragó frente a las costas de Arakan. En el comunicado se aludía a las víctimas como rohinyá, lo que provocó que la Señora convocara en privado al embajador Maciel y el portavoz de su Gobierno, Kyaw Zay Ya, recordara en público que "no usamos ese nombre porque los rohinyá no están reconocidos entre nuestros 135 grupos étnicos". "Es normal llamar a la gente como ella se hace llamar. Es una práctica normal que no tiene que ver con la política", se excusó en rueda de prensa Maciel. Normal o no y tuviera o no que ver con la política, ni el embajador norteamericano ni ningún otro funcionario extranjero destinado en Birmania ha vuelto a referirse en documentos o discursos oficiales a los rohinyá por su nombre. La práctica incluye a las personalidades de visita en el país, aunque fuera de Birmania se recuperen de la amnesia. Tras su estancia en Birmania, donde silenció el nombre "rohinyá", el papa Francisco viajó a Bangladés, donde se entrevistó con un grupo de refugiados rohinyá, a los que llamó sencilla y llanamente por su nombre, y dijo más: "la presencia de Dios hoy se llama rohinyá".

La política silente instaurada por la Señora cuando su Gobierno asumió la administración del Estado fue aplaudida en 2016 por Ma Ba Tha y los sectores radicales, incluido el Ejército. La respaldó un intento de reescribir la historia de la franja costera en un libro que se publicó ese año.

En *Detrás de la máscara, la verdad detrás del nombre rohinyá*, Khin Maung Saw, budista y rakéin, cuenta la historia de manera distinta a como lo hace el hebreo Yegar. Niega el exilio del rey Narameitkla en Bengala, así como que el reino musulmán vecino le ayudara a recuperar el trono de Arakan y a fundar Mrauk-U. Alega que el suceso no aparece en las crónicas históricas bengalíes. No puede negar la existencia de la mezquita de Sandikhan, pero entiende que por sus pequeñas dimensiones solo pudo servir de refugio a "algún místico musulmán" establecido en el área. Asegura que el príncipe mogol Shah Shuja fue asesinado porque, después de haber sido recibido con honores reales, pretendió ocupar el trono de Mrauk-U, lo que es verosímil, aparece en otras crónicas de la época. Pero

rechaza que los soldados del príncipe mogol se integraran en una comunidad musulmana previamente establecida. Porque no existía una comunidad musulmana previa. Mantiene que los descendientes de los soldados de Shah Shuja y los de mercenarios afganos que también estuvieron a sueldo de los reyes de Arakan integran la actual comunidad musulmana kaman, una minúscula minoría de la minoría islámica de Arakan a la que las autoridades birmanas sí incluyen entre los 135 grupos étnicos autóctonos, en contraste con los innombrables. Khin Maung Saw justifica ese reconocimiento en que los kaman hablan y visten como el resto de los birmanos. El autor de *Detrás de la máscara, la verdad detrás del nombre rohinyá* no escatima en elogios a Sebastião Manrique. Le agradece que en *Viajes* el agustino portugués distinguiera entre la población rakéin y budista, y los "mercaderes y mercenarios extranjeros", y no olvida citar a Buchanan, aunque opina que los "rooinga" que se identificaron como tales a fines del siglo XVIII lo que le quisieron decir al enciclopedista escocés es que "vivían" en Arakan, no que "eran" de la región. En fin, un ejercicio de contorsionismo semántico.

Dicho de otro modo, Khin Maung Saw admite que en el siglo XVII existía una comunidad musulmana en Arakan, pero descarta que estuviera integrada por los rohinyá. "Los birmanos nunca habíamos escuchado el nombre rohinyá", dice. "El nombre de 'Arakan' es una derivación de 'Rakéin', no de 'Al Rohan'", anota. En el plano etimológico, hace una observación que refleja la báscula en la que históricamente ha oscilado el país. Vincula el nombre de "Birmania" a Brama, el dios hindú, y por tanto al subcontinente indio. Sitúa la síntesis étnica en la región en la llegada de los rakéin, que se mezclaron con la población indo-aria anterior, a la que integró en un solo pueblo. Esa integración explicaría que "algunos arakaneses tengan rasgos indo-mongoloides, en contraste con el resto de los birmanos, de pura raza mongoloide". La mezcla de ambas etnias habría dado como resultado "el pueblo arakanés, que solo es aplicable a los rakéin". El tabú de nombrar a los rohinyá responde al tabú de los "bengalíes" de revelar su identidad, dice. Dicho también de otro modo, los rohinyá se llaman a sí mismos así para ocultar que son "bengalíes". O "inmigrantes bengalíes" o "inmigrantes ilegales bengalíes", sus otras

denominaciones bajo el mandato de la Señora.

En *Detrás de la máscara, la verdad detrás del nombre rohinyá* se sostiene que la emigración rohinyá a Arakan se produjo en tres oleadas posteriores; durante el periodo colonial iniciado en 1826, a partir de la independencia en 1947 y después de la llamada "guerra de liberación de Bangladés", cuando la antigua Bengala se emancipó en 1971 de Pakistán. La tesis del libro es que el nombre "rohinyá" no responde a la identidad de ningún pueblo; se trata de una invención de los musulmanes de Arakan para disfrazar las reivindicaciones de su movimiento político frente al Estado birmano.

Khin Maung Saw basa su tesis en el trabajo del principal historiador contemporáneo de Arakan. Especialista de la École française d'Extrême-Orient, Jacques Leider residió en Birmania durante el régimen de los generales y pasa por ser furiosamente anti-rohinyá. Leider sitúa el prólogo del actual drama a las matanzas sectarias que tuvieron lugar en Arakan en 2012, tras la violación de una mujer budista por tres musulmanes. La represalia inmediata fue la quema de un autobús en el que diez viajeros musulmanes resultaron calcinados. Cientos de personas de ambas comunidades murieron después en una escalada que motivó una nueva de huida de 140.000 rohinyá a Bangladés. "Las matanzas de 2012 cambiaron la dinámica política en la región. Aún siendo budistas, los rakéin eran despreciados por los birmanos. Pero las masacres les ganaron a los rakéin la simpatía de todo el país", dice Leider.

El orientalista aduce que antes de las matanzas de 2012 el Ejército miraba por el rabillo del ojo a los nacionalistas rakéin, que rinden culto a la herencia del antiguo reino budista de la región y tienen su propio brazo armado, el Ejército de Arakan (AA). Pero Leider mantiene que las matanzas de 2012 unieron al Tatmadaw, a los nacionalistas rakéin y al monacato budista birmano en un frente común en contra de los rohinyá. "Era inevitable que la tensión que se empezó a acumular provocara un nuevo estallido", sostiene. "Lo ocurrido me espanta pero no me sorprende, era solo cuestión de tiempo", dice el experto luxemburgués.

Jacques Leider rechaza la teoría del principal historiador rohinyá, Taher Ba Tha, de que la comunidad desciende de árabes llegados al poco de la

revelación de Mahoma y que el antiguo reino de Arakan era fundamentalmente islámico, lo que, con franqueza, no es fácil de asumir. Leider coincide con Khin Maw Shaung en que los rohinyá fueron una consecuencia de la colonización. "Es difícil decir ahora, en el siglo XXI, qué porcentaje de los musulmanes arakaneses descienden de los musulmanes que llegaron a la región antes que los británicos. Pero lo que conocemos como pueblo rohinyá solo aparece después de la colonia y la independencia". No niega, sin embargo, la identidad rohinyá, que inscribe en la modernidad. "Antes de la independencia los rohinyá no necesitaban de ninguna identidad porque no les separaba ninguna frontera de sus hermanos bengalíes. Pero cuando se vieron separados de ellos por las fronteras del nuevo Estado birmano, que fueron fijadas por la potencia colonial, crearon una identidad propia. Es un fenómeno conocido en la antropología política, cuando una comunidad con rasgos étnicos, religiosos y culturales diferentes a los de su entorno crea una nueva identidad al sentirse atrapada por fronteras antes inexistentes", argumenta. "Lo que no se puede negar es que los rohinyá existen", concluye. En resumen, Leider compara la identidad rohinyá con la palestina. Antes de verse atrapados en las fronteras creadas por el Estado de Israel, los palestinos se consideraban simplemente árabes.

Interesante desde el punto de vista histórico, sociológico y antropológico, el debate sobre la cronología de la llegada de los rohinyá a Arakan y la forja de su identidad como pueblo no tiene relevancia de acuerdo con el derecho internacional. La Carta de Naciones Unidas establece que a alguien nacido en un país y que no tiene otra nacionalidad le corresponde la nacionalidad de su país de nacimiento. Nadie puede carecer de nacionalidad. Los rohinyá tienen derecho a la nacionalidad birmana. Y siempre se les ha negado. Ese limbo legal es la base de todas las violaciones a sus derechos que ha sufrido la inmensa mayoría de los musulmanes de Arakan, que en los últimos años el Tatmadaw y el monacato budista han tratado de justificar con la presunta intención de islamizar Birmania por parte de un grupo yihadista, aprendiz del Estado Islámico.

Sucesor de los grupos armados del siglo XX —el movimiento muyahidín, el Frente Patriótico Rohinyá (RPF), la Organización de Solidaridad Rohinyá (RSO)—, el Ejército de Salvación Rohinyá de Arakan

(ARSA) fue creado en la primera mitad de la actual década. Como su inmediato predecesor, el RSO, el ARSA tiene corte confesional. Sus fundadores fueron una veintena de emigrantes rohinyá que hicieron fortuna en Arabia Saudí. El nombre original del grupo es Harakah al-Yaqin, 'el Movimiento de la Fe'. Su líder es Ata Ullah, nombre de guerra de Abu Amar Jununi, hijo de un rohinyá exiliado en Pakistán. Nacido en la ciudad paquistaní de Karachi, Ata Ullah se traladó de joven a Arabia Saudí para recibir educación en escuelas religiosas de La Meca. Según el Grupo Internacional de Crisis, especializado en cuestiones de seguridad, tras las matanzas de 2012 en Arakan a Ata Ullah se le perdió la pista; posiblemente regresó a Pakistán para recibir instrucción guerrillera en grupos talibanes. Con esa formación y recorrido existencial no causa asombro que el líder del ARSA inicie sus intervenciones en vídeos de YouTube con invocaciones a Alá. Y que mantenga relaciones con organizaciones islamistas del subcontinente indio, en particular con la bangladesí Jamaat ul-Mujahideen, la Comunidad de Combatientes. Tampoco sorprende que la rama de Al Qaeda en el subcontinente indio haya expresado su apoyo a los rohinyá en comunicados en los que llama a la guerra santa contra Birmania. Dicho lo anterior, no hay evidencias de que el ARSA sea un grupo islamista de ámbito universal. No ha practicado la lucha armada en el resto del globo. Ni la ha extendido al resto del territorio birmano. El ARSA ha centrado su lucha armada en Arakan. Y con medios extraordinariamente precarios para la represión brutal que han desencadenado por parte del Tatmadaw y los radicales rakéin en contra de la mayoría de los musulmanes de la franja costera, con la complicidad silente de la Señora.

Tras las matanzas de 2012, una nueva escalada sectaria registrada en 2015 ayudó a cimentar la popularidad del nuevo grupo armado. Los enfrentamientos provocaron otra huida masiva y clandestina por barco a Malasia. El nuevo éxodo provocó la muerte de cientos de personas. La convicción de que la elección de Aung San Suu Kyi no supondría una mejora en las condiciones de vida de la comunidad había calado para entonces en el seno de los consejos de notables. Esos consejos no apoyaban con anterioridad la lucha armada, por contraproducente. La certeza de que Suu Kyi iba a seguir la misma política represora que el régimen de los

generales les hizo cambiar de opinión. Miraron hacia otro lado cuando, tras el nuevo éxodo y la toma de posesión de la Señora, guerrilleros del ARSA empezaron a infiltrarse en Arakan para provocar una insurrección generalizada entre los jóvenes de las aldeas. Fue una infiltración corta, acelerada y con un arsenal manifiestamente insuficiente.

Aperos y utillaje de labranza y una treintena de pistolas y bombas caseras e improvisadas eran las armas de guerra de que dispuso el ARSA en su estreno, el 9 de octubre de 2016. El principal objetivo de sus 400 milicianos fueron tres puestos de la Policía de Guardia Fronteriza (BGP), un cuerpo paramilitar desplegado en el norte de Arakan que cuenta con el respaldo de fuerzas del Tatmadaw. El ataque sincronizado a los puestos de las fuerzas de seguridad de Kyi Kan Pyin, Nga Khu Ya y Koe Dan Kauk arrojó el resultado de nueve uniformados muertos, según el recuento del Gobierno. El Ejército informó de que los guerrilleros perdieron ocho efectivos, y de que dos fueron capturados. En contrapartida, los atacantes alcanzaron parcialmente su propósito de incrementar su arsenal, se hicieron con 62 armas automáticas y 10.000 unidades de munición de diferente calibre, que sustrajeron de los cuarteles paramilitares. El ataque fue acompañado con insurrecciones menores en otros poblados, como Kularbid, donde el joven Mujib Ullah tuvo su bautismo de fuego. De 20 años, Mujib cuenta en Bangladés, donde ha encontrado refugio, cómo se unió a la lucha armada el mismo día en que guerrilleros del ARSA se presentaron en su poblado, de medio millar de habitantes.

“Muchos les fuimos a escuchar. Hablaban de lo que nos habían hecho sufrir y nos hacían sufrir los birmanos, y de la necesidad de que los jóvenes nos uniéramos al combate”, dice. Mujib recuerda que una quincena de jóvenes de la aldea fueron reclutados por la guerrilla para sumarse a la lucha armada. “Nos dieron tres semanas de instrucción, que consistió en arengas, discursos de patriotismo y lecciones de lucha cuerpo a cuerpo y de cómo nos teníamos que esconder si nos perseguían lo militares”, relata. Mujib dice que solo los instructores tenían pistolas. “A los reclutas nos dieron estacas y nos dijeron que nos proporcionarían las armas automáticas que íbamos a quitar a los soldados durante el ataque al puesto militar de la aldea”. El ataque se produjo y su resultado en Kulabird no fue como en

otros poblados. En Kulabird, el resultado fue desastroso. “Pronto nos dimos cuenta que no íbamos a poder con los birmanos y pedimos auxilio a los vecinos de la aldea, que vinieron a ayudarnos en masa, pero los policías y soldados abrieron fuego contra ellos. Murieron tres personas”, narra. “Sabíamos que el Ejército no tardaría en rodear el poblado para arrasarlo y, protegido por la oscuridad, huí al caer la tarde. Me desplacé a pie de poblado en poblado, siempre de noche, hasta que pude llegar a Bangladés”, explica Mujib mientras acaricia la cicatriz que le ha dejado la esquirla de una bala que fue a incrustarse en la palma de su mano.

El joven rohinyá tiene el miedo metido en el cuerpo. No quiere fotos, habla en un tono poco audible, no mira a los ojos de su interlocutor. Reconoce que si lo hubiera pensado dos veces no se habría unido al ARSA, que lo hizo por patriotismo, no en defensa del islam. Pero que en las condiciones en que se sumó a la guerrilla era imposible que la lucha armada ofreciera otro resultado que el que posiblemente pretendía el Tatmadaw y los budistas radicales rakéin. Porque la estrategia del ARSA sublevando a la población rohinyá en condiciones condenadas sin remedio al fracaso es difícil de comprender. El Grupo Internacional de Crisis apunta que el propósito quizá no fuera otro que radicalizar la comunidad para utilizar después su influencia con fines políticos.

Tras el ataque sincronizado en el que participó Mujib, el Ejército arrasó, efectivamente, su aldea. Fue el principio. Nueve meses después el ARSA realizó un ataque de similares características, aunque a mayor escala. El 25 de agosto de 2017 el principal objetivo no fueron tres, sino una treintena de puestos militares. La respuesta fue un castigo colectivo al pueblo rohinyá.

Desde el genocidio del Jemer Rojo en la década de los setenta del siglo XX en Camboya no se había visto nada igual en el sudeste asiático. Las atrocidades perpetradas en las semanas posteriores al ataque del 25 de agosto de 2017 compartieron estrategia con la Alemania nazi. Los nazis pretendieron exterminar a los judíos. El Tamadaw y los budistas radicales rakéin mataron menos pero tuvieron más éxito; barrieron a los rohinyá del país. Fue la versión local de un eufemismo, palabra que el diccionario define como “manifestación suave o decorosa de ideas cuya real y franca expresión sería dura o malsonante”; la versión birmana del eufemismo con

que los nazis se referían al holocausto judío, “la solución final”.

CAPÍTULO 5
# UNA LIMPIEZA ÉTNICA DE MANUAL

El paraíso ha dejado rastro al sur del golfo de Bengala. Entre Chittagong y Arakan se extienden las playas de Cox Bazar, las más largas del mundo. Las dunas se suceden sin interrupción durante 120 kilómetros entre bosques de palmeras que se cimbrean con la suave brisa del Índico. En la arena permanecen varados pequeños barcos de pesca pintados con colores que destellan con los rayos de sol. Tienen proas y popas tan espigadas y curvas que parecen sacados de los cuentos de *Las mil y una noches*. Hay cascadas que desembocan en las tibias y azules aguas del océano. Y familias de gibones, una manada de elefantes y variedad de antílopes en el parque natural de Himchari, hogar de decenas de clases distintas de aves exóticas y de más de un centenar de especies de flora silvestre. Destacan las orquídeas, y algunas tienen propiedades terapéuticas. En el extremo meridional de Bangladés, uno de los países más parias del globo, el sur del golfo de Bengala es la prueba de lo cerca que están el cielo y el infierno, cuyo rastro se puede seguir en el interior de la costa. Adentrándose por verdes arrozales y bucólicos poblados de bambú, a treinta kilómetros del idílico parque natural de Himchari y las paradisiacas playas de Cox Bazar.

Una marea de chabolas levantadas con cartones, palos, plásticos y hojalata, avanza sin descanso a cuatro kilómetros de la frontera con Birmania. Siempre es pleamar en el distrito de Kutupalong, donde los campos de refugiados han desalojado a los bosques tropicales y crecen sin pausa entre vertederos de basura, colinas de tierra yerma, charcos de agua nauseabunda y un permanente manto de polvo que se pega al cuerpo como una segunda piel. Es un microcosmos dentro del cosmos en el que se hacinan mujeres cubiertas con burka, mujeres con vestidos tradicionales, hombres con barba de chivo, hombres con solideo musulmán, hombres sin

signo tradicional ni confesional, chicas veladas con hiyab, chicas atraídas por la moda y sus tendencias, jóvenes aficionados a la música electrónica, niños con camisetas descoloridas del Barcelona, el Real Madrid, el Chelsea y el Manchester United. Negocios de todo tipo han proliferado con la llegada de la ayuda de la comunidad de naciones, que se anuncian y compiten con banderas y carteles en los puestos de auxilio desplegados por los países musulmanes y los cristianos. Las agencias humanitarias ofrecen empleo a los habitantes de Kutupalong, que gastan el dinero que ganan con su trabajo en la compra de fruta, verdura y carne en mercadillos de tenderetes destartalados en los que olisquean jaurías de perros y a los que cercan enjambres de moscas. Los ancianos esperan frente a los puntos de reparto gratuito de arroz. Se han detectado brotes de diarrea, de cólera, de difteria, se han perforado fosas sépticas, se ha puesto en marcha una campaña de vacunación masiva. No hay agua corriente, ni servicio de electricidad. El agua y la energía las proporcionan garrafones y diminutas placas solares distribuidas por las agencias de ayuda. No faltan modestas mezquitas y escuelas, dispensarios médicos. Tampoco escasean mafias que trafican con seres humanos, redes de narcotráfico y de armas, bandas que no conocen más ley que la del más fuerte entre los más débiles, y venta de púberes y mujeres jóvenes al mejor postor.

El agujero negro que ha encontrado sitio junto al jardín del Edén es el residuo de un tenebroso *big bang*. Un *big bang* que estalló tras el ataque sincronizado del ARSA el 25 de agosto de 2017, que expandió la política de la tierra quemada y el delito impune. Las autoridades birmanas expulsaron de Arakan a las organizaciones humanitarias y cerraron a cal y canto la región a la prensa nacional y extranjera. Fotografías tomadas por satélite no tardaron en mostrar que en el norte de Arakan habían aparecido inquietantes manchas de sombra, seccionadas del resto del territorio con la precisión quirúrgica con que se extirpa un cuerpo extraño. El ganado pacía, los cultivos esperaban la cosecha, los aldeanos proseguían con normalidad la vida en los poblados rakéin. No se acertaba a distinguir nada en las manchas de sombra, ni ganado, ni cultivos, ni casas, ni gente. Los poblados rohinyá habían sido arrasados por un vórtice de exterminio que había acabado con todo género de vida humana, animal y vegetal.

Tras el ataque, las autoridades birmanas informaron de que trece uniformados habían muerto. Y de que en la operación de respuesta los militares habían causado la baja de más de 400 atacantes, todos terroristas. El Ejército abrió una investigación que concluiría que los soldados "no han disparado un solo tiro contra civiles", que esa era la orden que había recibido la tropa, y que la tropa la había cumplido sin excepción alguna. En una visita a Arakan, el general Hlaing felicitó a los soldados por "preservar la paz y la seguridad". Recurrió a un refrán birmano que dice que "una raza no puede ser borrada de la faz de la tierra si no es por otra raza". El general Hlaing no precisó a qué razas se refería. La Señora también visitó la franja costera. Fue salomónica. "Hay alegaciones y contraalegaciones", comentó Suu Kyi. Las contraalegaciones del Gobierno de Naipyidó incluían que los rohinyá se habían inmolado y quemado sus poblados en un siniestro ritual para presentarse como víctimas propiciatorias de verdugos inexistentes.

La comunidad internacional no dio crédito. Ni a la investigación del Tatmadaw, ni a palabras del general Hlaing, ni a los comentarios de la Señora, ni a las contraalegaciones del Gobierno de Naipyidó. Los testigos hablaban de miles de muertos entre los rohinyá, desarmados o armados con aperos y utillaje de labranza. Médicos sin Fronteras calculó su número en más de 6.700. Muertos por disparos, machetes, quemados vivos tras prenderse fuego a viviendas en las que se habían escondido discapacitados, viejos, niños. También los testigos hablaban de más de 300 aldeas incendiadas y convertidas en manchas de sombra, y de violaciones múltiples de mujeres por los militares. Dos semanas después del *big bang*, el Alto Comisionado la ONU para los Derechos Humanos, Zeid Ra'ad Al Hussein, había desgranado en Ginebra ante el consejo del organismo una "operación brutal, generalizada y sistemática" de las fuerzas de seguridad birmanas y las milicias rakéin, que "posiblemente" merecían la consideración de criminales de guerra. Apuntó indicios de genocidio. Dijo que lo incuestionable era que se había cometido una "limpieza étnica de manual". Zeid Ra'ad al Hussein denunció que, tras incendiar los poblados rohinyá, el Ejército birmano había sembrado de minas la frontera con Bangladés. Pero que la colocación de los artefactos explosivos no había frenado un éxodo imparable al país limítrofe, entre otros motivos porque los habitantes de los

poblados arrasados no se planteaban el retorno. No les quedaba nada que rescatar de sus aldeas en Birmania.

Al diplomático y funcionario jordano le sobraban argumentos. Podría haber añadido que la limpieza étnica había comenzado hacía décadas, aunque en su inicio no hubiera sido de manual.

En Kutupalong y su galaxia de campos hay refugiados que han llegado en 1978, en 1991, en 2011, en 2012, en 2015, en 2017. Cerca de 700.000 rohinyá huyeron de Arakan tras el último ataque del ARSA. Pero el distrito acoge a más de 200.000 inquilinos más, y se empezó a poblar mucho antes. Con mareas de desplazados que avanzaban en Kutupalong conforme lo hacían en Arakan, las operaciones de acoso y las implacables campañas militares de los regímenes de los generales Ne Win, Saw Maung, Than Shwe y Thein Sein.

Khurshida Begum llegó en 1991, con 16 años. Lo hizo con sus hermanos y sus padres, con los que hasta entonces vivía en la aldea de Mingkhasi. Su chamizo en Kutupalong es de barro y caña, ya no es una chabola recién pergeñada, Kurshida pertenece al grupo de 34.000 refugiados que llegaron a principios de la década de los noventa del siglo pasado. Dice que ella y su familia huyeron porque la cacería que sufrían en Birmania era insoportable. Su madre le teñía de noche la cara con un aceite oscuro, para que no resultara atractiva a los soldados. Por la noche, su madre obligaba a Kurshida a mantenerse despierta, para no ser violada por los soldados, que entraban por la noche en las casas en busca de adolescentes.

En Kutupalong, Kurshida conoció a otro joven rohinyá, Narul Alam. Se casaron y tuvieron seis hijos. Narul no ganaba suficiente para mantener a todos. En 2012 Narul huyó de nuevo, en un barco de inmigrantes que se dirigieron sin papeles a Malasia. Narul tuvo suerte y llegó a Malasia, otros barcos naufragaron y se fueron a pique con sus ocupantes sin papeles. En Malasia el marido de Kurshida encontró trabajo y, desde entonces, manda todos los meses dinero para Kurshida y sus hijos, que no le han podido seguir porque no ven futuro fuera del agujero negro. Kurshida se ha hecho a la idea de continuar en Kutupalong hasta el fin de sus días. A los 41 años no vislumbra otra opción. Los militares bangladesíes han desplegado un

rosario de puestos de control alrededor del campo de refugiados. El acento de Kurshida la delataría en los puestos de control. Sería devuelta al campo. Y Kurshida no puede volver a Arakan. No tiene papeles que la identifiquen como ciudadana de su país de nacimiento, su única documentación es la que le ha expedido la ONU, que la acredita como refugiada.

Kurshida se siente rohinyá. Desde el punto de vista religioso dice que se siente cerca de los bangladesíes. Y como nacida en Arakan no renuncia a su derecho de ser reconocida como birmana, aunque no sepa cuándo sus antepasados emigraron a la franja costera que el régimen de los generales rebautizó con el nombre de Rakéin. "Mis padres nunca me hablaron de eso", dice. Para ella, sus antepasados habían estado allí siempre.

Quienes han estado siempre a este lado de la frontera son sus seis hijos, nacidos en Kutupalong, y que componen la segunda generación de la familia que padece el exilio, sin ciudadanía ni nacionalidad. El mayor se llama Shafike y tiene 21 años. Ha estudiado en Bangladés, lo que le permite salir del campo para trabajar en un proyecto de desarrollo de una agencia de auxilio. Pero sigue viviendo en el campo, con su madre y sus hermanos, y sabe que solo podrá casarse con una rohinyá, no con una bangladesí, pues la legislación local impide que adquiera derechos en el país de acogida a través de matrimonio. Sabe también que tiene que tener cuidado en el trato con los locales, los rohinyá ya no son bien recibidos en Bangladés, donde han adquirido fama de privilegiados por las organizaciones de ayuda en un país paupérrimo, sobrepoblado y sobreexplotado.

Shafike nunca ha estado en Arakan, aunque se siente tan rohinyá como su madre. O más. Asegura que si hubiera estado en la franja costera se habría unido al ARSA sin pensárselo dos veces.

Sherushu Alam tiene 17 años, es de la generación de Shafike y estaba en la franja costera cuando se produjo el *big bang*, aunque mantiene que no militaba en ningún grupo armado. Relata que estaba fuera de su casa cuando los militares se presentaron en su poblado de Buthidaung. Al verlos venir, Sherushu corrió hacia su casa para esconderse. Pero antes de llegar a su casa los soldados le dispararon en un pie para impedir que siguiera corriendo. Cayó al suelo. Familiares y amigos le recogieron y se turnaron para cargarle al hombro. Le trajeron hasta Kutupalong, donde los médicos

le sometieron a examen, y a las pocas horas le amputaron la extremidad. La gangrena había avanzado sin remisión. Los médicos le dijeron que si hubiera llegado unos días antes le habrían podido salvar el pie. Shereshu dice que, en su huida, el grupo que le cargaba al hombro fue detenido varias veces por los soldados birmanos, que esa fue la razón de que cuando llegó a Bangladés fuera demasiado tarde. Shereshu tampoco ve futuro. "No sé cómo voy a salir adelante en estas condiciones" musita, mirando al muñón, que cubre con un trapo.

La historia de Shafika Noor es la de muchas en el agujero negro, su marido Mohd fue asesinado por los militares del Tatmadaw. Shafika recuerda que estaba en su vivienda con Mohd cuando oyeron disparos y gritos en su aldea, junto al mercado de Tanng. Salieron y vieron que los soldados empezaban a quemar casas y a disparar a lo que se movía. Sin margen de reacción, su marido fue alcanzado por disparos de armas automáticas. "Le acribillaron delante de mí" asegura. A Shafika le preocupa que no pudiera enterrar a Mohd. "Todavía no sé qué hicieron los soldados con el cadáver de mi marido. El último recuerdo que conservo de él es que estaba agonizando. Los soldados nos apartaron a los vecinos, no nos dejaron atender a los heridos ni recoger a los muertos para enterrarlos y que tuvieran un funeral", dice.

Shafika es madre de tres hijos. Los dos primeros tienen siete años y cinco años; el tercero, tres meses, nació en Kutupalong. Cuando Mohd fue acribillado, Shafika estaba embarazada.

Noor Ayesha también es viuda. Y por el mismo motivo que Shafika. Tiene 28 años y tres hijos, de cinco y tres años, y, el último, de ocho meses, acababa de nacer cuando estalló el *big bang*.

Explica que en su aldea de Maungdaw los radicales rakéin ayudaron a los soldados en la labor de exterminio, y que antes de hacerlo habían pedido dinero a los habitantes del poblado. Sostiene que también antes los militares habían ido de noche a las casas en busca de chicas. Y que tras violarlas les disparaban en el sexo. Noor asegura que un día su marido se rebeló y se enfrentó a los soldados y a los radicales rakéin. Y que los soldados le dispararon en la garganta. Ella le reanimó y emprendió con él el camino hacia la frontera. Su marido murió en el camino.

Minara Begum busca un rincón apartado antes de empezar a hablar. La acompañan media docena de mujeres vestidas como ella de negro, aunque son mucho mayores que Minara, que tiene 28 años. Una vez sentada en una estera que las mujeres de negro han desplegado en el rincón que ella ha elegido, Minara empieza a hablar tras asegurarse de que se encuentra lejos de la vista del resto de los refugiados. Levanta el velo que le cubre la cara y con ojos llorosos cuenta su historia.

Recuerda que su marido, a quien no identifica por su nombre, era maestro de religión, y que por eso lo tenía fichado el Ejército. Añade que, también por eso, tras el ataque del ARSA, su marido huyó del poblado en que vivían, en Buthidaung, porque sabía que los militares no tardarían en ir a por él. No se equivocaba. Los soldados fueron durante días y días al poblado a buscarle. En vano. Preguntaban una y otra vez a Minara dónde se escondía su marido, le decían que le tenían que interrogar. Minara recibió varias visitas de los soldados, que le hacían una y otra vez la misma pregunta. Hasta que uno de aquellos días un soldado se presentó en solitario en su casa. Ella también estaba sola, en la cocina. El soldado le preguntó de nuevo dónde estaba su marido, le dijo que lo hacía por última vez. Ella le contestó lo que las veces anteriores, que no sabía dónde estaba. El soldado le agarró entonces del pelo. La arrastró fuera de la cocina. La violó. Minara confiesa que no recuerda bien lo que ocurrió después. Solo recuerda que después llegaron más y más soldados. Y que la violaron uno tras otro. Afirma que no sabe cuántos fueron porque estuvo inconsciente cerca de 24 horas. Cuando despertó dos de sus hermanos la trasladaron en un palanquín hasta Kutupalong. El estado físico que le dejó la violación no le permitía a huir a pie.

Minara vuelve a llorar. Afirma que el mismo día de la violación los militares mataron a sus padres, que fueron acuchillados porque tampoco sabían donde se escondía su marido. Minara dice que su marido huyó a Bangladés, y se encuentra en Kutupalong. Dice que su marido tiene mala conciencia por lo que le ha ocurrido a su mujer y a sus suegros. Que su marido entiende que ella no disfrutó cuando fue violada, y que tiene complejo de culpa. Por eso no la ha repudiado. Pero ya no viven juntos. Minara tampoco vive con sus cuatro hijos, de diez, ocho, seis y tres años.

En el distrito de los refugiados vive con las mujeres de negro, que nunca la dejan sola.

Hay apestados entre los apestados. Son los rohinyá hindúes, apestados entre los rohinyá. Comparten lengua y etnia con los musulmanes. Solo les separa, bastante, el credo religioso. No son más de 15.000 o 20.000, pero tienen fama de traidores a su pueblo desde tiempos de la colonia y la independencia, por entenderse bien con los budistas rakéin. Los rohinyá hindúes han sufrido una limpieza étnica particular.

El ataque sincronizado del ARSA del 25 de agosto alcanzó a sus aldeas. En una de ellas, Kha Maung Seik, se presentó un grupo de hombres armados y enmascarados. El grupo seleccionó a un centenar de vecinos. Se los llevaron a un montículo, les vendaron los ojos, les ataron de pies y manos, les cortaron el cuello. Así aparecieron 45 cadáveres en tres fosas comunes que el Tatmadaw mostró a la prensa internacional como prueba de que el ARSA se había cebado con los rohinyá hindúes. El ARSA negó la autoría de la matanza en un tuit en el que acusó al Tatmadaw de querer dividir a los hindúes y los musulmanes del pueblo rohinyá. Las versiones se dispararon en sentido opuesto, los rohinyá hindúes tienen miedo por partida doble. Los primeros testimonios de exiliados en Bangladés apuntaban al Ejército birmano como autor de la masacre. La agencia France Presse entrevistó luego a cuatro mujeres rohinyá hindúes que declararon en los campos de refugiados que habían sobrevivido a la matanza porque los asesinos enmascarados las eligieron como esposas tras convertirlas al islam.

Madhu Ram, de 35 años, admite el odio entre los hindúes y musulmanes rohinyá. Eleva a casi 200 el número de hindúes asesinados por los musulmanes en las horas previas al *big bang*. Pero descarta que las matanzas fueran por razón de credo. “Nuestros problemas no tienen nada que ver con la religión”, afirma tajante. “Los guerrilleros del ARSA vinieron y nos pidieron que nos sumáramos a ellos. Les explicamos que éramos pocos, que no teníamos armas y que poco podíamos hacer para ayudarlos. Ese fue el problema”, dice. Agrega que en su poblado de O Ting Shen Roa el medio millar de habitantes huyeron hacia la frontera, confundidos entre los musulmanes. Responsabiliza de la situación única y exclusivamente al ARSA.

Como otros 187 rohinyá hindúes, Madhu ha encontrado hueco en la galaxia de campos. El campo de los hindúes está jalonado de altares politeístas, se encuentra separado de los campos de los musulmanes. Madhu dice que está dispuesto a volver a Arakan, que sueña con ello. Pero que antes necesita la garantía de que Ejército birmano le protegerá de los asesinos enmascarados, sean quienes fueren los que se esconden detrás de la máscara. "Cuando reciba esa garantía, regreso", reitera. Explica que, durante el ataque a su aldea, el Ejército birmano y la milicia budista rakéin no les prestaron ayuda. La impresión es que Madhu no se fía de nadie.

Madhu tendrá que esperar para volver. Tres meses después del inicio de la "limpieza étnica de manual", Bangladés y Birmania firmaron un memorándum para la repatriación de los refugiados. Lo hicieron el 23 de noviembre de 2017 en una ceremonia en Naipyidó. Establecía que la repatriación se completaría en un periodo de dos años, con un ritmo inicial de 1.500 refugiados por semana, en un proceso que comenzaría el 23 de enero 2018. Llegó el 23 de enero de 2018 y el comienzo del proceso se aplazó sin que se fijara nueva fecha de inicio. El memorándum firmado por Bangladés y Birmania era tan fantasmagórico como la Ciudad Real del Sol.

Birmania y Bangladés se culparon mutuamente del aplazamiento. Las autoridades birmanas anunciaron que estaban preparadas para que la repatriación se iniciara con el regreso el primer día de 700 musulmanes y un centenar de hindúes. Pero que debían recibir de Bangladés una lista con los nombres de los primeros repatriados. Y que Bangladés no les había proporcionado la lista. Las autoridades bangladesíes adujeron que para confeccionar la lista necesitaban conocer los lazos familiares y los lugares de residencia de los incluidos en la misma. Y que Birmania no les había entregado esos datos. Y que Birmania no les había comunicado los campos de tránsito que ocuparían los refugiados antes de regresar a sus aldeas. Y que la mayoría de los refugiados no querían volver a Birmania. El portavoz de la Agencia de Naciones Unidas de los Refugiados (ACNUR), Adrian Edwards, reconoció que la repatriación era imposible en esas circunstancias. "Para garantizar el derecho a un retorno voluntario, seguro y digno, pedimos a Myanmar que permita el acceso de las agencias humanitarias al Estado de Rakéin", dijo. El director de Human Right Watch

para Asia, Brad Adams, denunció el sinsentido de que "los refugiados sean devueltos a campamentos vigilados por las mismas fuerzas de seguridad que les obligaron a huir de masacres, violaciones en masa y la quema de sus aldeas".

Los refugiados seguirían en el agujero negro, que no dejaría de engullir.

Dos meses después, en marzo de 2018, la plataforma de la ONU Humanitarian Response actualizaba las estadísticas en los campos. Cifraba en 900.000 las personas que necesitaban protección; 564.000 de ellas, ayuda nutricional, en 196.182 unidades familiares. Las infraestructuras básicas instaladas en el otoño del año anterior ya no daban abasto, se habían quedado cortas. Había que habilitar más accesos al agua potable y a la luz artificial, e instalar al menos 5.000 nuevas letrinas para sumarlas a las 50.000 ya instaladas. Se había vacunado a 415.072 personas pero se habían detectado 193 nuevos casos de cólera y difteria. En el informe se hacía hincapié en la situación de vulnerabilidad de los niños y las mujeres, que eran mayoría en Kutupalong. Un 55 por ciento de los acogidos eran menores, entre los que se contabilizaban 26.890 casos de malnutrición severa. Un total de 5.575 niños habían llegado a los campos solos, sin familia. Y continuaban solos. Casi un cuarto de millón de menores había recibido atención psicológica. En el 16 por ciento de los hogares el cabeza de familia era una mujer, con frecuencia viuda. Se contabilizaban 36 víctimas de tráfico de personas, aunque su número real era notablemente más alto; se habían identificado refugiadas y refugiados que las mafias había trasladado lejos de Kutupalong. A la capital bangladesí, Dacca; a la bengalí, Calcuta; a la nepalí, Katmandú. La venta de sexo se había convertido en cuestión de supervivencia, también lo era exiliarse del exilio. En el interior de los campos se registraban altos índices de violencia, se habían contabilizado 561 de petición de socorro por parte de refugiados que denunciaban disputas, peleas y una panoplia de crímenes. El agujero negro había adquirido caracteres metropolitanos. En seis meses Kutupalong se había convertido en la tercera área más poblada de Bangladés, después de Chittagong y Dacca.

El informe insistía en lo que era de dominio público.Pese a su precariedad e inseguridad, la mayoría de los refugiados "no se plantean

volver a Myanmar si no se resuelven cuestiones como su nacionalidad, el restablecimiento de sus derechos legales, el acceso a tribunales justos y a los servicios más elementales". Humanitarian Response advertía del hacinamiento en Kutupalong, planteaba la necesidad de que se habilitara más espacio, y en suelo seguro. La cercanía de la estación monzónica y sus lluvias torrenciales amenazaba con provocar aludes en las colinas de tierra cruda en las que se asentaban los campos de refugiados, donde no se había frenado la llegada de supervivientes de la operación con indicios de genocidio.

Ali Hussein es uno de los últimos del flujo, acaba de llegar. Tiene 55 años y en Arakan se ganaba la vida como agricultor, igual que la mayoría de los supervivientes. Como muchos de los que le han precedido, ha llegado a pie, sin nada que transportar, lo ha perdido todo. Pero se considera afortunado. Lo ha perdido todo pero a ninguno de los suyos. Le acompaña su familia, sus dos hijos, su hija, su nuera y su nieto. La familia llega entera, no ha perdido a nadie, aunque hayan pasado casi cinco largos meses que se han hecho interminables desde que empezara a huir, despavorida.

El patriarca familiar cuenta que el Ejército y la milicia rakéin atacaron su aldea, Thana, después de arrasar otras, una semana después de iniciar su vórtice de exterminio. El relato de Ali es el habitual. Los asesinos asesinaron lo que pudieron, segaron la vida de un centenar de habitantes de la aldea. El resto de los vecinos, dos centenares, se escondieron antes de que los soldados y los radicales rakéin quemaran las casas, el ganado, los cultivos. La familia de Ali también se escondió, dice que entre matorrales. "Estuvimos así cinco o seis días. Hasta que se fueron los soldados y los milicianos rakéin. Emprendimos entonces el camino hacia la frontera. Pero justo antes de cruzarla los militares nos detuvieron y nos metieron en un campo de aislamiento rodeado de una valla de enrejado metálico. Estábamos aún en Birmania, pero, desde el campo de aislamiento, custodiado por soldados del Ejército, podíamos ver el territorio de Bangladés, a través de las rejas de la valla".

Ali recuerda con exactitud el tiempo que pasaron en esa situación. "Estuvimos encerrados cuatro meses y 19 días". Durante ese tiempo el Ejército no les proporcionó ni comida ni agua. "Fueron los aldeanos de las

zonas cercanas los que nos alimentaron y nos dieron de beber. Metían agua y comida entre las rejas". A fines de febrero, Naciones Unidas logró que las autoridades birmanas permitieran que la familia cruzara por fin la línea fronteriza.

En los lindes del Kutupalong la familia está levantando una chabola con vigas que les han traído vecinos de su aldea que han llegado antes que ellos y con los que el reencuentro ha sido feliz. Todos ayudan a colocar las vigas.

"No querían que contáramos al mundo lo que han hecho", es la respuesta de Ali a la pregunta de por qué los militares birmanos les mantuvieron retenidos sin explicación. El patriarca descarta la posibilidad de regresar a Arakan. Ni ahora ni nunca. Lo hace sin palabras, moviendo rápidamente la cabeza de un lado a otro, torciendo los labios. Desconoce cómo ha quedado su aldea, pero no le resulta difícil de imaginar. La experiencia en el campo de aislamiento junto en la frontera, sin comida ni agua, tampoco invita a volver.

El recinto enrejado del que habla Ali es conocido en Kutupalong como "el punto cero". Es el campo de internamiento en el que las autoridades birmanas retienen a los refugiados que siguen llegando a la frontera. Los retienen por plazo indefinido, por razones que no explican. Cuando Ali y su familia salieron del recinto dejaron atrás a más de seis mil personas que seguían en ese calvario. Naciones Unidas negocia caso por caso con Birmania la liberación de los retenidos de acuerdo con criterios insondables. La prioridad es que no se detenga el goteo de los que salen, porque tampoco se detiene el goteo de los entran desde el norte de Arakan. El tráfico de los que huyen se ha ralentizado, pero sigue sin tener fin.

Nuevas fotografías tomadas por satélite mostraron en febrero de este año que la maquinaria pesada estaba acabando el trabajo que había dejado sin concluir el fuego en la franja costera. Las nuevas imágenes mostraban que el Ejército utilizaba excavadoras y buldócers para borrar las manchas de sombra. La administración militar continuaba vigente en Arakan, en la que los terrenos rohinyá habían sido expropiados y el Ejército empezaba a limpiarlos de carcasas, ceniza y residuos, lo que preludiaba la construcción de edificaciones en lo que habían sido aldeas agrícolas y ganaderas en las que ya no pacerían los rebaños ni habría cosechas que sembrar ni recoger.

Amnistía Internacional denunció que entre los proyectos de construcción despuntaba el de tres nuevas bases militares. Las autoridades birmanas lavaban la cara de Arakan, se apropiaban de las tierras rohinyá y eliminaban evidencias de una limpieza étnica que, en contraste con las de décadas anteriores, en esta ocasión, en efecto, era de manual. Un ejemplo de libro de texto sobre el modo de uso y empleo del terror.

La mayoría de los rohinyá que continuaban en Arakan permanecían en campos de internamiento como en el que había estado confinada la familia de Ali Hussein, junto a la frontera, sin comida ni agua. A la espera de escapar para llegar a la siguiente estación, la que sufrieron Ali Hussein y su familia. Y confiar como ellos entre rejas en el rescate de la ONU. Birmania proclamaba al mundo que estaba dispuesta a recibir a los rohinyá que quisieran volver. Obligaba entretanto a los que quedaban en Arakan a seguir huyendo a Kutupalong. En la última etapa de su operación de limpieza étnica, Birmania utilizaba una fórmula tan vieja como infalible, que no exige derramar sangre ni hacer ruido y es más lenta, pero también más silenciosa. Consiste en cortar las vías de subsistencia. Y dejar que corra el tiempo.

Joseph Tripura es portavoz en Kutupalong del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados. Atiende a diplomáticos, periodistas y activistas, les ilustra sobre las necesidades en los campos, las iniciativas en marcha, los proyectos de ayuda. Está al tanto de quiénes y cuántos entran en el agujero negro y de por qué aún lo hacen, por qué no dejan de entrar. Dice que fueron un centenar en la última semana. Y que le han contado que en Arakan aún se producen esporádicos episodios de violencia. Pero que no huyen por eso. Cuentan que lo hacen porque en la franja costera no tienen qué comer, que huyen del hambre.

# EPÍLOGO

El canal de televisión árabe Al Jazeera diseñó antes del *big bang* un mapa de la diáspora rohinyá durante los 70 años transcurridos desde la independencia de Birmania. A falta de datos oficiales, el mapa se basaba en informes de grupos humanitarios, no era exhaustivo y, en números redondos, situaba 350.000 en Pakistán, 200.000 en Arabia Saudí, 150.000 en Malasia, 14.000 en la India, 10.000 en los Emiratos Árabes Unidos y 5.000 en Tailandia; en total, casi 750.000 personas a las que Al Jazeera sumaba un millón en Birmania y medio millón en Bangladés. La relación demográfica entre esos dos últimos países se ha invertido desde entonces. Ahora no hay más de 300.000 en Birmania, y llegan a 1.200.000 en Bangladés. En la actualidad, cerca del noventa por ciento de los 2.250.000 rohinyá contabilizados en el mapa permanecen fuera de su país. Ninguno de los pueblos que en el siglo XX sufrieron operaciones de limpieza étnica, de manual o no, con indicios, o más que indicios, de genocidio —el armenio, el judío, el palestino, el bosnio, el tutsi—, fue arrancado de raíz de su tierra en esa proporción.

El drama ha corregido la leyenda. Las ciudades de Dublín, Glasgow y Sheffield, la central sindical británica UNISON y la canadiense UNIFOR, el Museo del Holocausto de Estados Unidos y la Escuela Económica de Londres han retirado los honores que habían concedido a Aung San Suu Kyi por su defensa de la libertad y los derechos humanos durante la dictadura militar. También lo ha hecho la Universidad de Oxford, la favorita de la Señora, y que ha descolgado un retrato suyo que figuraba en la galería de estudiantes ilustres. Hasta 400.000 personas firmaron una petición para que, asimismo, fuera desposeída del Nobel de la Paz. La eventualidad no estaba prevista en los estatutos del premio, y la petición fue precedida de una avalancha de críticas de colegas de Suu Kyi, de decenas de Nobel. Uno de

ellos, el dalái lama, dijo que Buda "habría protegido a los rohinyá", y que así se lo había hecho saber a la Señora. Símbolo junto a Nelson Mandela de la lucha contra el *apartheid*, el obispo sudafricano Desmond Tutu le preguntó en una carta abierta si "le merece la pena el precio que paga" por conservar el Gobierno después de haber sido "un ejemplo de rectitud". Acérrimo defensor de Suu Kyi durante el régimen de los generales, Tutu observó que la limpieza étnica de los rohinyá había adquirido la cadencia de "un genocidio a cámara lenta".

Siempre atenta a las corrientes de opinión, la clase política occidental se sumó a la ola de críticas. Antiguo incondicional también la Señora, a la que visitaba cuando estaba bajo arresto domiciliario en el número 54 de la avenida de la Universidad, el exrepresentante de Estados Unidos en la ONU y exgobernador de Nuevo México, Bill Richardson, denunció en declaraciones al *New York Times* que su antigua amiga "ha desarrollado la arrogancia del poder". Washington refrendó la consideración de limpieza étnica que el drama había merecido a Naciones Unidas, anunció que estudiaba la posibilidad de imponer a la Birmania de Suu Kyi las mismas sanciones que a la Birmania de los generales. La Unión Europea canceló todos sus programas de cooperación con el Ejército birmano. El ministro británico de Relaciones Exteriores, Boris Johnson, dudó de que la Señora comprenda "el sufrimiento de los rohinyá" y "la gravedad del problema". El jefe de la diplomacia de la antigua metrópolis admitió tras sobrevolar los campos de refugiados que no había visto "nada igual".

Pero el asunto ha quedado ahí. El análisis generalizado entre la clase dirigente en Occidente es que la dimisión de Suu Kyi, la decisión más honrada que podía haber tomado la Señora, dejaría un vacío en el poder que sería ocupado por los militares. Y no todo han sido críticas. Sobre todo, en Asia.

Indonesia, el país más poblado del islam, expresó su malestar y su presidente, Joko Widodo, envió una misión para mediar en el conflicto. Malasia, el segundo país con más musulmanes del sudeste asiático, justificó la radicalización de los rohinyá por su falta de futuro; el primer ministro malasio, Najib Razak, dijo que la crisis había dejado de ser un "asunto interno" de Myanmar. Pero la solidaridad religiosa también ha funcionado

en sentido contrario entre los países vecinos. En la budista Tailandia, el régimen militar del general golpista Prayut Chan O-cha condecoró al general Hlaing con la Gran Cruz de Caballero de la Orden del Elefante Blanco por estrechar las relaciones entre los ejércitos birmano y tailandés. En agradecimiento, el arquitecto de la limpieza étnica destacó, en declaraciones al *Bangkok Post*, que Birmania y Tailandia comparten "cultura y religión", que "son como hermanos".

Tampoco las gigantes continentales, China y la India, han ahorrado simpatía por el anfitrión y la huésped de Naipyidó. Por orden de autoridad e importancia, el general Hlaing primero, y Suu Kyi después, visitaron Pekín, que antes del *big bang* era el mayor inversor extranjero en Birmania. El líder chino, Xi Jinping, subrayó, de forma singular, las buenas relaciones entre el Ejército de su país y el birmano, que "son mejores que nunca". La Señora agradeció "la comprensión de China del problema en el Estado de Rakéin, que es complejo". En el caso de la India fue el primer ministro de Nueva Delhi, el nacionalista hindú Narendra Modi, quien realizó una visita a la Ciudad Real del Sol, donde dejó claro que "compartimos la preocupación por la violencia extremista en el Estado de Rakéin, en particular la violencia contra las fuerzas de seguridad". China y la India desconfían del islam tanto como Occidente.

A la conjunción astral se une la temperatura ambiente en el espacio interior; las críticas en el extranjero han apretado las filas en torno a la Señora en su país, donde ha visto reforzado el respaldo que le prestan las mayorías, la budista y la bamar, y el que le proporcionan la minoría musulmana, en la que los rohinyá no son populares por considerarse distintos a sus compañeros de fe, y la cristiana, consciente como la clase dirigente occidental de que la alternativa a Suu Kyi, que no cuenta con sucesor ni sucesora en la Liga, es el general Hlaing. Grupos locales como Pan Zagan hacen frente al odio étnico y religioso en las redes sociales, en el siglo XXI principal vector para incitar a la violencia sectaria, pero la involución política que se registra en Myanmar recuerda al país gobernado por el régimen de los generales. La organización Apoyamos a los Periodistas ha denunciado que en los dos años de mandato de la Señora una treintena de informadores han sido conducidos ante los tribunales "bajo

leyes que usaban con frecuencia" las juntas castrenses. Dos reporteros de la agencia Reuters, Wa Lone y Kyaw, se han sumado a la lista y se arriesgan a ser condenados a 14 años de prisión por investigar el *big bang*, cuya existencia sigue negando la hija de Aung San y Khin Kyi. Para la Señora "en el Estado de Rakéin no ha habido limpieza étnica". En declaraciones a la BBC alegó que "también han muerto budistas". Como casi siempre, fue tangencial. "Lo que hay en el Estado de Rakéin es un problema nuevo que deriva de un problema antiguo", resumió. Recordó que "como es normal y recoge nuestra Constitución, de los asuntos de seguridad se encarga el Ejército". Aung San Suu Kyi tiene miedo a perder el poder, que como ella misma mantiene es lo que corrompe a quienes lo detentan. Y con la actual Constitución eso solo depende del Ejército, que hay quien no descarta que haya dado ya por finalizado el traspaso del poder a la sociedad civil. En un artículo escrito para la agencia Efe, el embajador de España en Myanmar, Emilio de Miguel, apuntaba que "es posible que a ojos de los militares birmanos la transición política ya haya concluido y no sean precisos ulteriores avances" hacía una democracia efectiva. El diplomático español recordaba que la instauración de una "democracia disciplinada" siempre había sido la opción del Tatmadaw. En la antigua Birmania y actual Myanmar nadie duda de que el Ejército ya ha alcanzado esa meta.

Así que hay pocas razones para pensar que los rohinyá regresen algún día a Arakan, donde su relación demográfica con los dos millones de rakéin era de uno a dos y ahora es de uno a diez. Es más probable que los innombrables prosigan su fuga por tierra, y también en barco. El 3 de abril de 2018 los últimos que habían escapado eran 19 niños, 18 mujeres y 19 hombres, que fueron rescatados por las autoridades malasias de un bote en el que se habían hecho a la mar desde la franja costera, en la que se ha acabado por imponer el *dharma*. En la tradición budista, el orden natural de las cosas.